

Unidad	
B	
Historia	13
	210

B
30
726

Mañanicas floridas
de abril y mayo...
despertad á mi niña!
CALDERON, en su comedia *Mañanas de abril y mayo*.

11-4162 R. 16.78Z

MAÑANAS
DE ABRIL Y MAYO.



RANILLETE DE FLORES Y YERBAS

DE LOS SEÑORES
VILLANUEVA, CASTELAR, CASTRO-SERRANO, AYALA,
RUBIO, TRUEVA, IVON, RAMIREZ, PALACIO, CASSET
EGUILAZ, SERRA, ALBA, LARRA, CRUZADA, DACAR-
RETE, BONNAT, GALVEZ-AMANDI, ESPRONCEDA
Y VICTOR-HUGO,

atado por

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

MADRID.

Imprenta de LA DISCUSIÓN.
1856.

PROLOGO.



HACE una semana que un editor — ¡asómbrense ustedes!—un editor de esta villa, en vista de la venta fabulosa que otro editor ha hecho de nuestro *Almanaque—Omni-bus*, me pidió que le escribiese un libro por el estilo de aquel, impregnado además de cierto perfume de primavera, y un tanto bufon, ó sea político de actualidad.

Aunque yo no me sentía con fuerzas, humor, ni tiempo para hacer en cuatro ó cinco dias nada menos que un tomo, se

lo ofrecí solemnemente, dedicado á endosarle la empresa á cualquier amigo mio.

—Volveré dentro de cinco dias por el original, dijo el editor despidiéndose.

—Quedamos conformes, respondí yo maquinalmente.

Pasaron cuatro días, durante los cuales no hallé en quien descargar el peso de mi compromiso.

—No me siento con fuerzas... decía uno.

—No estoy de humor... decía otro.

—No tengo tiempo... exclamaba un tercero.

¡Y eso, lectores, que el editor pagaba el libro!

¡Y eso que lo pagaba bien!

—No tienen fuerzas, ni humor, ni tiempo, reflexioné yo entonces. Es decir que se hallan en mi mismo caso. Pues señor, no hay otro remedio sino que este libro se escriba solo.

Diciendo así, alquilé un coche, metime dentro, y, calle arriba, calle abajo, recorrí veinte veces la corte como una exhalación. Subí á las mas encopetadas boardillas, hollé las mas ricas alfombras,

á las cabañas bajé,
á los palacios subí,

hice prisioneros en las tribunas de los taquígrafos del Congreso, en el café de Mattossi y compañía, vulgo Suizo, en las subsecretarías de los ministerios, en los bastidores de los teatros, en las redacciones de los periódicos, en todas partes donde encontré

un literato que me llamase su amigo... Y almorcé con este, comí con aquel, tomé café con el otro, murmuré con el de mas allá, fumé como un condenado... Y unos me engañaron ofreciéndome lo que no me han cumplido; otros se resistieron hasta hacerme recorrer todos los tonos de la elocuencia; cuales escribieron delante de mí; quienes rebuscaron en lo ya escrito: yo traduje por un lado, escribí por otro, recordé versos inéditos de algun difunto y serví á unos de amanuense, á otros de corrector y Cirineo: aqui se me negaron; alli violé la antecámara y la *portier*; en una parte me vinieron con represalias, haciéndome escribir en veinte *albums*; en otra me leyeron dramas y novelas... ¡uf! ¡Qué doce horas!

Pero ello es que cuando volví á mi casa, á media noche, llevaba todo este libro debajo del brazo.

¡Aqui fué Troya! ¡Qué letras!..... quiero decir, ¡qué formas de letra! ¡Qué garabatos, qué embustes, qué ortografía, qué puntuación!

—Ah, traidores! exclamé. ¡Ah, verdugos! ¡Oh, amigos desnaturalizados!

Y me quedé dormido.

Aquella noche tuve pesadilla.

Quando desperté, ví enfrente de mis balcones un cartel que decía :

Mañanas de abril y mayo, etc,

Mientras yo dormía, había estado el editor
en mi casa.

Por eso tuve pesadilla.

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

LA PRIMAVERA.

Dos meses há que, acobardados por el frío y condenados á végetar entre cuatro paredes, á duras penas podíamos distinguir, al través de las vidrieras empañadas por el hielo, un horizonte pesado y nebuloso y una tierra estéril y rasgada en profundos lodazales.

Pocos días despues hemos visto cambiada la escena como por encanto: á la rigidez ha sucedido la templanza y al árido aparato del invierno, un conjunto indefinible de aroma, de colores, de frescura, de luz, de animación y de fecundidad.

El cambio es evidente: ahora lo que importa es apreciarlo; y aquí se nos ocurre una dificultad: el lenguaje de la naturaleza, como todo lenguaje de belleza y de armonía, es tan vago, tan indeterminado, que cada cual valora las notas á su modo. Siendo esto así, habremos de contentarnos haciendo otro tanto por nuestra parte.

Estamos en plena primavera; en esa edad risueña de los años tantas veces nueva y tantas veces bella, al decir de los poetas, cuantas se ha reproducido desde la primera infancia del globo.

¡La Primavera! hora divina del tiempo que nos marchita por instantes, hora de regeneración, hora de amores para ese viviente colosal de que son átomos nuestras existencias, de esa

tierra que sepultada bajo una losa de nieve, arroja de su seno un nuevo germen de vida que se desborda en flores y en brisas, notas sublimes de su eterna armonía.

Si no amenazara el estío con sus desapiadados calores; si las aristas que aun lleva el viento, como pavesas del año que pasó, no nos recordaran que tras tanta belleza se encienden rayos que todo lo secan y agostan, quizá tendríamos á la primavera como un descanso del tiempo, como un momento en que suspendida la naturaleza entona un cántico de amor reclinada sobre las flores, símbolos de su ternura.

Tal vez así la considera el mundo de los hombres, que á semejanza del de las plantas, dilata su corazón y abre los senos del sentimiento á la infinita armonía que le rodea.

Hé aquí por qué son tan apacibles esas horas en que á la luz de una alborada continua y sobre una alfombra embalsamada, pueden comunicarse las almas con ese otro mundo invisible que todo lo comprende, y cuyo lenguaje es el misterio, la belleza y el silencio.

Por eso la primavera es tan seductora para el que ama, el que sufre, el que recuerda y el que espera, tan seductora en fin para todo el que siente, ó por la íntima correspondencia de la belleza con su dicha, si tal goza, ó por el contraste del dolor, si por desgracia sufre.

Porque también el dolor tiene su poesía; tiene un infinito á que lo eleva el contraste de lo bello y de lo grande, desde cuya altura deja de ser martirio para convertirse en consuelo.

Quien guarde en su corazón una lágrima de amor ó desengaño, hallará ciertamente en el mágico idioma de la primavera un signo de

correspondencia, una afinidad de vibraciones en su armonía.

Pero cuando esa lágrima no existe; cuando marchito el corazón por un estío anticipado no conserva una sola fibra capaz de vibrar á excitación alguna, ¿cuál será, cuál podrá ser su primavera?

¿Habeis visto esas flores que se reproducen por meses, libres de la influencia de las estaciones? Para ellas no existe mas que tiempo y solo tiempo; para ellas es casi imperceptible la alternativa de vida y muerte; para ellas, en fin, no hay un momento especial, un momento supremo de regeneración.

Esas flores forman un mundo aparte, semejante al mundo de la indiferencia, en el cual la primavera es una mentira mas, una mera fecha que indica la pérdida de un año.

Veinte primaveras son para un corazón henchido de sentimiento, veinte años de recuerdos y de poesía, veinte realidades arrancadas al tiempo y á la esperanza, siquiera esas realidades se funden en desengaños; mas para quien no sabe ni debe comprender los misterios de las flores, veinte primaveras son otras tantas jornadas de olvido, otros tantos guarismos de una suma que termina con la muerte. ¿Quién llevará razón?

Gozad, por si acertais, de los momentos que corren, vosotros los que entendéis el lenguaje de la armonía: una primavera mas se os ofrece.

Nosotros tenemos un año menos ante lo porvenir.

IVON.

HOMILIA.

Oye, lector, la leccion
que le dá en esta ocasion,
para subirse á la parra,
Don Luis Mariano de Larra
á don Pedro de Alarcon.

Pedro: eres poeta y me arredo
al ver que no te haces rico;
si quieres serlo, Perico,
sigue mis consejos, Pedro.

Harás en primer lugar
un drama de esos de ahora,
en que se aflige Teodora
sin poderlo remediar.

Original... por supuesto...
(y esto no lo has de decir)
de Schiller, Goethe, Shakspeare
ó de otro autor indigesto.

Arréglale en un instante,
que tú alcanzarás loores,
si en él bailan los actores
sobre la cuerda tirante.

De tu genio con la llama
fórjale truenos y rayos,

y con cinco ó seis desmayos
se hace célebre tu drama.

Busca un amigo—no un hombre—
de entendimiento raquitico,
que te firme un juicio crítico
todo tuyo... escepto el nombre.

Y dí que es tu drama estético,
higiénico, parabólico,
enigmático, simbólico
intruso y peripatético.

Para que todos los dias
te hagan salir á la escena,
reparte entre gente buena
veinte ó treinta galerías.

No te asusten alharacas,
que con tan buena intencion,
dirán: ¡bravo! en el balcon
y ¡sublime! en las butacas.

Y si á mas tomas café
en casa de un director...
Perico, ya eres autor
del drama que te indiqué.

Haz despues una zarzuela
en que, sin mas requisitos,
se digan brutos á gritos
Luis XIV y Berenguela.

Original...—no te asombres—
de Scribe ó de quien pudieres...
y advierte que las mugeres.

han de vestirse de hombres.

La obra será de mas brillo
y éxito tendrá mayor,
si sale Caltañazor
en cueros ó con tontillo.

Las zarzuelas serán malas;
pero con lo que recibas
de tres ó cuatro que escribas,
ya no harás mas antesalas.

Si alguien de ti se fastidia
y tus hurtos manifiesta,
solo has de dar por respuesta :
«Señores , eso es envidia.»

Y échate, Pedro , á dormir,
al blando y sonoro arrullo
de ese indignado murmullo...
porque tú no le has de oír.

¡Qué importa que se disguste
el que vé que fama cobras,
si sabes que hay en tus obras
ajobo, caletre y fuste?

Nada Perico, á robar....
quiero decir, á vivir... !
tus dramas harán reír
y tus comedias llorar.

Con esto y ser un borrico,
si sigues esta leccion,
tendrá vergüenza Alarcon
de lo que viere en Perico.

Pero en cambio en esta lid
te hará tu genio diabólico,
el dramaturgo simbólico
y el asombro de Madrid.

LUIS MARIANO DE LARRA.

- ¡Preciosa sonata!
—¡Se acordará Vd. luego de ella para tocar-
la en el pueblo?
—Hombre, será milagro.
—Pues échese Vd. un nudo en el pañuelo.
-

- Vengo á saber cuando me paga Vd. el
sombbrero....
—¡Hombre! ¡Qué curioso es Vd!!
-

- Mañana es tu dia, Flora...
Te mandaré un tulipan....
—No estoy por flores ahora...!
—Pues ¡qué quiere Vd. señora?
—Adornos de tul... y... pan.
-

LA ETERNA PRIMAVERA.

El pensamiento, como la naturaleza, tiene sus primaveras. Aquel primer día de la humanidad, en que Dios tiñó los espacios con el primer rayo de su luz inmortal, se ha repetido en el tiempo. El primer capítulo del Génesis es como el amanecer de la humanidad. La tierra se mece palpitante de gozo en los espacios, recibiendo el aliento del Creador, como una flor de mayo que abre su cáliz á las caricias del aura. Y después el génesis de las ideas nunca se pierde. Los poemas indicos son la primavera del arte. En sus páginas se vé amanecer la imaginación, y se siente la pura sávia del frondoso árbol de la vida. Así esa primavera inmortal aun cubre con sus flores el sepulcro de todas las generaciones que han cruzado por Oriente. El Oriente es la primavera del mundo.

Después la idea humana arribó á otro mundo, al suelo de Grecia. Era aquella la transformación mas hermosa del espíritu. ¿Quién era el Dios de aquella primavera, que poblaba de génius los bosques, de dioses los arroyos y las celestes montañas? Era Homero. Los ecos de su lira se asemejaban al cantar de las brisas, que se levantan del archipiélago cargadas de aromas, y se mecen sobre el azahar, y las palmeras, y los mirtos. Homero es la primavera del arte occidental. De él nacieron los Esquilos y los Sófocles. La idea de la belleza

humana, que por vez primera aparece en el arte, es su Helena, luna hermosísima de aquel sonriente cielo. Pero la humanidad, como el judío errante, no reposa ni un punto en su camino. Y amanece otra edad, cuya primera luz es Jesús, cuyas primeras flores son las almas de los mártires, que se pierden, como eterno aroma, en los cielos. Cuando el invierno del mundo antiguo, aquella sombría noche del imperio romano, rompía con el hielo de la muerte las estatuas de los dioses paganos, amanecía en el horizonte, al resplandor de las hogueras del martirio, el cristianismo, florecimiento sublime de todas las ideas de todos los sabios del antiguo mundo.

Y el espíritu prosigue sufriendo las transformaciones, y nuevas primaveras vienen á cubrir de flores la humanidad. Dante, recogiendo en las nacaradas alas de su alma los átomos de oro de los mundos, es como la mariposa de aquel día de la edad media, en que la nueva sávia del renacimiento latía ya bajo la corteza del viejo árbol del catolicismo. Virgilio es el ángel que se levanta de su gruta de Nápoles para traer en copa de oro clásica el rocío de la nueva primavera, que refleja como los colores del iris las almas del dulce Petrarca, el riente Bocaccio, el melancólico y audaz Tasso, Ariosto, la llorosa Araszi y la mística Victoria.

Todo tiene en el mundo su primavera. Abelardo es en filosofía como el primer lirio que nace al soplo de la razón, y Descartes su primer florecimiento, como Rafael es la primera azucena del renacimiento en la pintura; como Colón arroja en los espacios una eterna primavera del mundo, que es la América; como Lope

y Shakespeare serán siempre las primeras flores del teatro moderno; como la democracia es hoy la primavera de la inteligencia y del corazón de la humanidad.

EMILIO CASTELAR.

UN CAZADOR.—Muchacho! ¿dónde podremos echar por aquí un par de liebres?

UN CHICO.—En este puchero.

—Compadre! ¿es este el camino de Sevilla?

—Ni lo uno ni lo otro.

En efecto, ni aquel hombre era su compadre, ni aquel camino el de Sevilla.

—Diga, hermano, ¿cuántos dioses hay?

—Siete.

—¿Cómo siete?

—Miste, padre: (*contando con los dedos*), el Padre uno, el Hijo dos, el Espíritu-Santo tres, las tres personas distintas seis, y un solo Dios verdadero, siete.

—Maestro, ¿me ha compuesto V. las botas?

—Con ellas ando.

FENOMENOS DE ESTA PRIMAVERA.

La naturaleza es un abismo de prodigios.

Cada año, cada estación, cada día ofrece al observador rarezas de que maravillarse.

Por ejemplo.

¿Quién había de decir al jardinero que sembró flores, que habían de brotar redactores de *La Epoca*?

¿Cómo podían figurarse los que murieron para aclimatar el árbol de la libertad en España en la primavera de 1848, que habían de desenterrar su tronco para fundir con él cruces de metal?

¿Podían imaginar los manzaneros de 1854 que de su ingerto con el alcornoque, resultarían en

España, á 5 grados bajo cero, puros, que no son de la vuelta de abajo, pero que dan muchas para llegar arriba?

Pues en la presente estación ha ocurrido un



milagro que deja muy atrás á los susodichos.

Al lado de cada español ha nacido un clavel de cuerpo entero que pesa 16 libras, cuyo aliento mata al *justo*, pues la voluntaria adquisicion de la susodicha prenda cuesta:

entramparse con el sastre,
malas noches,
peores dias,
una peseta al mes,
santificar las fiestas en el campo de guardias,
perder la condicion de hombre para adquirir la de *número*, y tener gefes.

¿Quién habia de prometerse de un jardinero como Cervantes un huerto de calabazas?

LAS FLORES DE ANTAÑO

y las de ogaño.

En otro tiempo, los jóvenes imberbes, y aun algunos que tenían barbas, corrían por la primavera de jardín en jardín, buscando flores para las muchachas.

Nada aquejaba tanto á un mozalvete, como la comezon de llevarle á su querida niña las primeras violetas, los primeros tulipanes, las primeras rosas.

Los jardineros adelantaban cuatro meses su agosto: cinco pesetas, no eran un precio escesivo para cinco flores tempranas.

Por todas partes se veían galanes presun-

tuosos, que con las señales del insomnio en las órbitas, cruzaban las plazuelas, ramo de flores en ristre, diciendo con el ademán y la vista á los transeúntes matutinos:—«son para ella.»

Habia amadores que llevaban el alta y baja de los botones aromáticos próximos á abrirse. «Si mañana sale el sol (murmuraban), pasado mañana hay jacintos en tal parte.»

Un ramo de flores adelantadas, era una verdadera manzana de la discordia; todos lo quedarían, todos doblaban sus ofertas por alcanzarlo, todos se consideraban felices por haber llegado antes á pedirlo.

Hoy ha variado la cosa completamente.

En primer lugar ningun joven se levanta temprano.

En segundo lugar, ninguno sabe qué flores abren antes, ni cuales despues.

En tercero, ninguno gasta su dinero en comprarlas.

Hoy van tambien los jóvenes á los jardines; pero van por las tardes.

—¿Cuando hay pimientos verdes?—preguntan con mucha formalidad.

—¿Tendremos tomates frescos para Pascua de Resurreccion?

—¿Se han aclimatado por fin las trufas?

Estas son las flores que mas preocupan hoy á la juventud.

Hoy en vez de un manojito de violetas, se la regala á la novia un manojito de espárragos.

Hoy en vez de camelias se le mandan judías.

Hoy un *pensamiento* se trueca, como cosa natural, en una alcachofa.

El mundo progresa: las flores se han convertido en frutas.

Hemos dicho mal. Las flores siguen siendo flores; pero de esta manera:

Los que antes buscaban sensitivas para implorar de la amada reblandecimiento de corazón, buscan ahora flor de malva, para curarse las irritaciones del desden.

Los que antes compraban flores rojas, para significar lo intenso de su pasión, compran hoy flores cordiales, para calmar la rigidez de sus nervios.

Los que antes trasnochaban para robar claveles de los jardines, roban ahora flor de sahuco, para sudar el constipado del traspasnoche.

La floricultura actual ha cambiado de amatoria en farmacéutica.

Hemos vuelto á equivocarnos. La floricultura sigue siendo lo que era: si ha variado algo, es su aplicación.

También hoy piensa la juventud en flores; pero de esta manera:

Hay jóvenes de veinte años, que piensan muy seriamente en salvar á su patria con la flor de lis.

Estos mismos dicen, que los jóvenes, lejos de estudiar historia natural, deben pasar las tardes en las *flores de mayo*.

Otros por el contrario, impunes todavía opinan que no hay mas flores que las del árbol de la libertad.

Estos defienden la flor de azahar; pues autores respetables aseguran que el árbol de la libertad española, es un naranjo.

Hay jóvenes también, que en punto á flores prefieren la de su juventud.

Estos son llamados panzistas, quizá porque

en vez de buscar novia, se dedican á buscar pan de flor.

Por último, un amigo nuestro ha dicho que España no es país sino paisaje: otro añadió que no es paisaje sino vista: nosotros creemos que es una floresta.

Pues al contemplar el verdor de su juventud, bien puede conjurarse á los hombres reflexivos para que digan *si son flores ó no son flores*.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

Un boticario, en Cangas de Tineo, se llevaba las flores del paseo: el guarda, que era un hombre de esos malos, lo vió una tarde y le soltó dos palos.

*A aquel á quien domine la codicia,
le tenderá su vara la justicia.*

Padre, padre!... que estoy viendo un chico en el pozo!

EL PADRE.—Quita allá, muchacho!... (*Se asoma.*) ¿Chico, dices? ¿Si tiene mas barbas que yo!

LA PERLA DEL BUEN RETIRO.

BALADA.

Palacio del Buen-Retiro,
palacio del rey poeta,
una niña te pregunta;
palacio galán, contesta.

¿De aquella corte
quién fué la perla?

El murmullo de un arroyo
que un sauce besa,
como un suspiro
lejano suena:

—»Reina inocente!
pobre Isabela!

Encantada está en mis aguas
es una perla
que flota entre las flores
de mi ribera.

Ama á Felipe;
él la desdena.

A ella tan linda!
á ella tan buena!
que era la musa
de los poetas!

Conde-duque de Olivares,
maldito seas!
tu separas del olmo la debil yedra.»

Niñas hermosas,
lindas doncellas,
las que ois serenatas
tras de las rejas.

Si algun galán os dice
«cuánto sois bellas!»
contestad desdeñosas
«quién os creyera!»
No deis el alma
como Isabela;
que es gran encantamiento
querer de veras.

LUIS DE EGUILAZ.

Levantábase al alba un tío cazurro,
á pegarle palizas á su burro;
y este, no estando á malos modos hecho,
á pocos meses enfermó del pecho.

*Lector, entre las cosas importunas
evita las palizas en ayunas.*

—V. debía ir al café de Venecia

—Pues, precisamente, porque *debo*, no voy.

LA PRIMAVERA DE LAS VIOLETAS.

Después de las primeras lluvias de otoño, hay todos los años quince días serenos colorados, perfumados, que se llaman *Verano de los membrillos*.

Del propio modo, antes de las primeras lluvias de primavera, hay quince días risueños, apacibles, esplendorosos, que pudieran llamarse *Primavera de las violetas*.

El *Verano de los membrillos* nómbrase así, porque durante él—y gracias á unos soles tan picantes como los de estío—, maduran aquellas ácidas frutas, caballo de batalla de los confiteros.

Plácenos mucho el *Verano de los membrillos*, y haríamos con gusto la descripción de sus resplandecientes tardes, bellas y melancólicas como los últimos amores de las mugeres bonitas.....

(Por que...; eso sí!... el otoño del año tiene unos encantos tan irresistibles como el otoño de la hermosura.—*El verano de los membrillos* de las hijas del amor, es lo que la tarde al día, lo que el azul al verde, lo que los frutos á las flores, lo que octubre á mayo—; es el último canto del cisne; el fulgor postrero de una luz que se apaga; un esfuerzo de la naturaleza que sonríe al perecer; una despedida; un complemento de belleza, un supremo alarde de vida, que reúne y hace un ramillete con todas las flores cogidas al paso al subir á la

cumbre de la existencia. (Y sino léase la *Muger de treinta años* por *Balzac*.)

Pero hoy nos toca hablar de otra cosa; de la sub-estacion que acaba de trascurrir; de la *Primavera de las violetas*, que termina en las presentes lluvias.

Porque es de advertir que escribimos estas líneas el día 10 de marzo, al compás del aguacero que cae sobre Madrid, con el alma llena de los recuerdos de esos quince días de sol que han mediado entre las últimas nieves y las primeras aguas de 1856, con el corazón henchido de esas aspiraciones infinitas que despiertan las auras primaverales... con un ramo de violetas sobre nuestro escritorio...

La *Primavera de las violetas*, señores, se llama así, porque no tiene otro objeto que hacer brotar de los hielos y las escarchas esas primeras flores del año.

Los almendros y cuantos árboles se atreven á florecer en esos días, creyendo llegada su hora, se hielan con los vientos de marzo, se pudren con las aguas de abril.

Las violetas, cuyo reinado es tan breve, son los tiernos corderos, las inocentes víctimas que se degüellan para ese primer festín de la naturaleza.

Por consiguiente, puede decirse que la *primavera de las violetas* es un paréntesis, una isla afortunada en medio del océano furioso, un oasis enclavado en el desierto, un claro de azul purísimo en un cielo nublado de noviembre.

Este asomo de primavera es también un preludio, un aviso, una alborada, un arco-iris que anuncia la felicidad á la naturaleza, ó lo que

es mas claro, es el primer antojo, el primer capricho, la primera monada de la creacion que se siente preñada de frutos y flores, de perfumes y armonias.

Es triste, sin embargo, como es triste ese primer presentimiento de amor que cruza á los catorce años por la frente de las niñas...

Nosotros, al menos, las hemos visto pensativas y llorosas, abrumadas de dulce melancolía, como una rosa muy cargada de rocío, pálidas ó ruborizadas á cada momento, y como detenidas por un pudor instintivo en el dintel de la adolescencia.

¡Oh! sí... ese primer sueño de amor es muy triste. Lloro la niña sin saber por qué... pero llora. En sus ojos hay algo de divino. Es que vibran en su mirada todos los éxtasis de su espíritu; es que sus párpados languidecen al escuchar la melodía íntima y misteriosa que preludia el sentimiento en las fibras de su corazón, arpa templada por la ignorancia y el deseo.

Y advertid aquí una cosa estraña: las violetas, símbolo de estos primeros latidos de la creacion, son azules como el otoño, tristes como la tarde, y hasta huelen á sentimientos perdidos.

¡Esto es un presagio!

Quizás por esa razon son las violetas las flores favoritas de los seres nerviosos, de las mugeres que han sobrevivido á sus creencias, de los hombres trabajados por el dolor y la duda.

«Las violetas, ha dicho un poeta alemán; me miran con sus grandes ojos azules...

¡Oh! nosotros adoramos las violetas, ya sean

una promesa, ya sean un recuerdo; ó tal vez porque son las *flores de muerto* que crecen en el vasto cementerio de nuestra memoria.

¿Quién sabe si esas primeras flores de la primavera son las últimas flores del otoño? ¿Quién sabe si un año se las deja olvidadas al año siguiente? ¿Quién sabe, en fin, si la *Primavera de las violetas* es un banquete fúnebre, unas exequias, un aniversario que consagra la tierra á la memoria de la primavera pasada, antes de dar salida á la primavera futura?

De cualquier modo, la *Primavera de las violetas* ha sido este año deliciosa.

Quince mañanas puras, quince dias esplendentes, quince tardes serenas, quince noches placidísimas... ¿Qué mas pudieran desear esas modestas y solitarias flores?

Y para que todo sea completo, para que no falte ni una violeta á esa solemnidad de los campos, anuncio de la fiesta de las rosas, este año, lo mismo que el anterior, se ha cantado *La Traviata* en el Teatro Real. ¡*La Traviata!* *La Violeta* de Verdi y de Dumas, la flor otoñal que muere en la primavera, la ópera azul, como probamos en nuestros SEIS VELOS.

¡Gloria, pues, sea dada á D. Fernando Urries por todos los Alfredos de la tierra, y paz á los hombres de buena voluntad que hayan quedado satisfechos con *La Traviata* que ha cantado la señora Alajmo!

P. A. DE ALARCON.

LETRILLA.

Quiere Blas el usurero
hallar en la corte esposa,
joven, honrada y hermosa,
pero con mucho dinero;
sin pararse á meditar
que cosas opuestas son
repicar
y andar en la procesion.

Gran talento tiene Bruno
y vive ignorado y pobre,
mientras brilla y nada en cobre
Juan, sin talento ninguno.
Mas no se deben quejar...
porque, señor, ¿es razon
repicar
y andar en la procesion?

Casada, dióse á partido
con un amante Violante,
y se quedó en un instante
sin amante y sin marido.
Y su desgracia al contar,
dice, que era su ilusion
repicar
y andar en la procesion.

Médico de mucha suerte,
llegó á ministro Anacleto,
y al mes publicó un decreto
contra la pena de muerte.
¡Fué rareza singular
pretender en su ambicion
repicar
y andar en la procesion!

—¿Cómo estás de gacetilla?
—Mal. ¿Qué quieres?—Al instante...
una letrilla picante.
—¡Buena saldrá la letrilla!
Me espera la redaccion.
—¡La letrilla, sin tardar!
—El cajista... ¡maldicion!
¡Esto si que es repicar
y andar en la procesion!

MANUEL DEL PALACIO.

Un cura del Japon,
dió en comer sombrereras de carton;
y cuando por su mal no las tenia,
los muebles de su casa se comia.

*Quien á tal aficion quiera entregarse,
no tendrá ni una silla en que sentarse.*

EN TRES MESES.

Desde que tuve el honor de estampar mi firma en el magnífico libro titulado *Almanaque omnibus* hasta hoy, han transcurrido tres meses largos de talle.

Tres meses! En tres meses pueden suceder muchas cosas.

Efectivamente, han sucedido:

Madrid tiene un aspecto desconocido; la obra de la Puerta del Sol está ya terminada.

Todos los españoles son milicianos.

El público ha mejorado de instinto.

Los liberales manan en dinero; los pintores tienen arcas de seguridad contra incendios y ladrones.

El crédito mueble ha sido declarado mueble de lujo.

El ferro-carril de Almanza se ha amansado hasta el punto de convertirse en tortuga.

El progreso camina á paso de gigante.

Los teatros están llenos de jente.

Muchos se han casado.

Las niñas solteras estan insoportables.

El sultan Abdul-Mejid se ha comprado una señora mas para su serrallo.

Luis Napoleon tiene un hijo.

El emperador de Rusia va á Paris.

El pan ha bajado de precio.

El cielo está nublado un dia si y otro no.

En el Retiro hay flores, pájaros, guardas,

hidrópatas y niñas amarillas que necesitan pásear.

En las provincias ha habido jaleo.

El teatro del Principe anuncia cosas buenas.

Una nube de periódicos se ha desatado sobre nosotros.

Se estilan sombreros de ala tendida, y gabanes de cuello vuelto.

Los chanclos de goma, siguen haciendo furor.

Desde que las potencias beligerantes han firmado la paz, los raglanes son de mal género.

La osa del Retiro ha parido.

La librería de Monier se ha hundido, arrastrando en su caída los manjares de Llardy.

Las calabazas han tenido fruto antes de tiempo.

Mucha jente ha salido á verlo.

Manzanares no ha vuelto á tener avenidas.

El *almanaque omnibus* ha tenido fruto de bendicion.

Dios protege al poco dinero.

En tres meses he escrito yo este artículo.

En él anda una mano oculta.

Le he escrito con guantes.

AGUSTIN BONMAT.

LA PRIMAVERA EN VERSO.

Adios, *invierno* frío
con tus blancas nevadas,
tu cielo melancólico y sombrío,
tus pálidas y dulces alboradas:
Adios, que viene ya la *Primavera*,
estacion del tendero y la tendera,
con sus dias clarísimos é iguales,
¡gran estacion para secar pañales!
en la que sale (ó yo no lo distingo)
hasta el martes con cara de domingo.
Llegada esta estacion, dice *Galeno*,
que el ejercicio es bueno;
y supuesto que es bueno el ejercicio,
envidio al ciudadano *Miliciano*
que toma la *Milicia* como vicio
y que hace un *ejercicio cotidiano*,
(no del que salva el alma y satisface;
sí, del que paga salvas y las hace)
mas para el caso viene á ser igual
y viva la *Milicia Nacional*,
y váyase el invierno hácia el infierno,
porque es un enemigo del gobierno.

¡Qué es ver un *Miliciano*
cuando llueve, tapando con la capa,
al chiquillo que lleva de la mano,
al honroso fusil que se le escapa,
perdiendo al remangarse el pantalon

todo el aire marcial y coqueton
que le predica en valde
D. Valentin Ferráz (primer alcalde!)
Nada, lo dicho dicho, es el invierno
acérrimo enemigo del gobierno.
Tal vez por eso es amigo mio;
yo solo soy feliz cuando hace frío.
En fin, siga la broma:
vaya con su parienta el artesano,
desde que el sol asoma,
con el porrón y el chico de la mano
del enfermizo rio á la ribera
á celebrar la nueva primavera;
que á mí nada me importa,
y esta composicion ha de ser corta,
y porque no carezca de interés
no la quiero acabar hasta despues.

N. SERRA.

REMEDIO CONTRA LOS AHOGADOS.

Tomarás una cebolla picante.
La restregarás por las narices del ahogado,
hasta que consigas hacerle llorar:
Hecho esto, la resurreccion es inmediata.
Sabido es que el que llora se desahoga.

DEL MAL EL MENOS,

— Pasó Dios una tarde por el mundo
y dijo al hombre.—Pídemle una gracia.
—Señor, respondió el hombre; hacedme cuerdo;
y Dios repuso.—Lo serás mañana.

Aquella noche se alejó del mundo
la *locura*, cual reina destronada,
y la *razon* las riendas del gobierno
asi ó con mano amarillenta y flaca.

Mas, ¡ay! con la *locura* se fugaron
las modas, las costumbres, la esperanza,
la fé, el orgallo y el amor y el odio...
toda... ¡enterita la comedia humana!

Volvió Dios á pasar á la otra tarde,
y al verle, sublevóse nuestra raza.
—¿Qué quieres, ruin familia? dijo entonces
Dios, cruzando los brazos: ¿Qué te falta?

Y de un extremo á otro de la tierra
todos los hombres á una voz esclaman:
—¡Ah! señor... la *razon* nos asesina...
¡vuélvanos locos tu divina gracia!

CARLOS REBIO.

NUESTRAS HERMANAS.

A PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

—¿Me pides una flor para tu libro *La Primavera*? No tengo ninguna que darte, y eso que las personas que conocen á fondo la historia de mi vida podrian escribirla en un erial lleno de abrojos con pensamientos y rosas blancas. ¿Qué dicen esas flores que tanto dicen á mi alma? ¿Lo sabes tú? Ninguno de esos prosáicos diccionarios en que han clasificado los emblemas, como los cuerpos en un libro de química, ninguna de esas gramáticas del lenguaje misterioso de las flores nos haria adelantar un paso en nuestras investigaciones. Que hablan, ya lo sé. Pero, ¿qué dicen?

Dios no quiere que entendamos su palabra, que en forma de perfumes nos envian. ¿Y sabes por qué? Porque Dios es bueno y no quiere que esa estacion divina que llamamos primavera se trocara para nosotros en la mas triste del año, mas triste que el otoño en que las hojas verdes se ponen amarillas, mas triste que el invierno en que los pobres árboles, para que el frio les sea mas sensible, se despojan de su galano ropage.

Yo no entiendo lo que las flores dicen; pero debe ser muy doloroso. Esos gratos perfumes que nos envian, que son sus palabras indudablemente, palabras que nosotros no comprendemos como no comprendemos lo que nos dicen el mar y el viento con sus dolientes alari-

dos, esos deliciosos aromas que con tanto placer aspiramos, son pedazos de su ser, que para entenderse con lo que le rodea se vá volatilizándolo. ¿No es verdad que debe ser muy triste lo que de esta manera se diga, cuando esas palabras son trozos de las entrañas del ser que las pronuncia?

Así vivimos y cantamos nosotros los pobres poetas de profesion. Esas palabras nuestras, arrancadas á nuestro ser para divertir al público, son también pedazos de nuestra alma, como las aromáticas palabras de las flores lo son de su delicado cuerpo.

Para tu libro de *La Primavera*, escrito para esa divina mitad del género humano que unos llaman muger y otros ángel, es muy poco agradable lo que voy diciendo. Cuando empecé á escribir con la idea de decir alguna cosa dulce y apacible, el cielo estaba encapotado y yo tenía el alma oprimida. Pedazos del alma mis palabras, salieron melancólicas como ella. ¿Sabes qué color tiene la melancolía? Hay un momento en los crepúsculos, que los campesinos de Jerez y Sanlúcar llaman *Uricon*, que es por decirlo así el crepúsculo del crepúsculo, aquel momento en que el último pájaro del día cruza el espacio en busca de su nido huyendo de las tinieblas que poco despues lo envolverán todo. Pues el color de esa luz es el color de la melancolía, no el amarillo que es el de la tristeza.

¿Qué te decía? ¡Ah! hablaba de lo que queria escribir para tu libro.

Yo tuve una rosa blanca que quise mucho. ¿Has visto una cajita que hay sobre mi chimenea sirviendo de pedestal al busto de un gran

poeta? Aquella es su tumba como estas líneas su epitafio: allí *yacen* sus ojos secas y su pétalo pulverizado por la muerte, porque las flores, no lo dudes, se mueren como nosotros despues de haber sufrido mucho en la tierra. Mi rosa blanca me lo ha enseñado. ¿Quieres que te escriba la biografía de esta pobre flor á la que nuestro querido Antonio Trueba, el poeta de los *Cantares*, dedicó unas cuantas deliciosas seguidillas de esas tan frescas y lozanas en medio de su popular desaliño que él solo sabe componer?

Está en dos palabras. Han pasado tres primaveras desde que vivía sobre la mesita en que escribo, donde yo prolongué un mes entero su existencia á fuerza de cuidados: ayer he visto al rosal, que es su madre. ¡Y crees que se acuerda como yo de su hija? Ostenta orgulloso otra rosa tan bella como la mia. La memoria de los rosales no se remonta tres primaveras atrás.

En el mes que á mi lado vivió llegué á comprenderla. Sufria mucho. Las flores son seres que sienten como nosotros, no lo dudes; no las cortes nunca; se les causa mucho dolor á esas pobres criaturas que solo viven para agradar á los demás; pero que ni un solo goce encuentran en el mundo.

¡Si supieses cuánta dicha me trajo *La rosa blanca*! Yo en cambio solo puedo consagrarle un recuerdo y pedir por sus compañeras.

Niñas, no arranqueis de su tallo las flores vuestras hermanas: no las hagais sufrir lo que sufrir os hacen á vosotras. Raza vagamunda de poetas, hermanos míos; también las flores son en el sufrimiento vuestras hermanas; pe-

did conmigo por ellas; y tú pobre ángel que la conociste en capullo y la viste desarrollarse minuto por minuto, á tu lado, para enviármela cuando llegara al colmo de su espléndida belleza, cuando mas rica estuviere en colores y fragancia, dile á tu alma que no olvide como el rosal á los afectos que son sus hijos, que los afectos son flores que brotan aun á través del mármol de las tumbas.

Vuelvo á tí, amigo mio, que me pides algunas páginas para tu libro. Aquí concluyo ya que he tropezado con una idea consoladora, que las solas que en el mundo existen son las de las afecciones del corazón: tú que tienes madre y hermanos y amigos, que acaso tienes una amante, la sabes ya. Es la única verdad dulce que hay en este mundo de verdades amargas.

Concluyo, pues, con la idea consoladora, sino he de convertir tu jardín en un cementerio de la primavera.

LUIS DE EGUILAZ.

El sol ha salido: me voy á nuestro Buen-Retiro. Adios. ¿Has pensado alguna vez qué sería este pobre Madrid si el rey poeta no le hubiese legado el Retiro? El estanque está lleno y cuando con los ojos medio cerrados miro sus aguas transparentes rozando con las cuales revolotean centenares de golondrinas, cuando como ayer el viento zumba en los aires seme- jando el ruido de las olas, me parece estar en mi Sanlúcar al lado de mi madre, de mi hermana y de mis hermanos. ¡Bendito sea el rey poeta que nos lo legó!

— 41 —

BELLAS ARTES.

Homi-parri-fratri-cida.—Un pintor amigo nuestro está á punto de quedarse sin familia. Nos explicaremos.

A la manera que el aficionado á sastrería, cuando dá en arreglar su ropa haciendo del frac un gaban ó de una chaqueta un pantalon, se queda al poco tiempo desnudo, así nuestro infeliz amigo, que se ha dedicado á hacer retratos de su parentela, vá quedándose solo sobre la tierra.

Nos volveremos á explicar.

Hoy, cuando el artista entra en su casa, apenas vé una casa conocida. Su madre, su hermana mayor y otro caballero han desaparecido: su segunda hermana está agonizando. En cambio, dentro de poco le echarán á la calle los nuevos pobladores de su habitacion.

Mas vale pájaro en mano que ciento volando.
Refran que enseña que es preferible comerse un pavo á ver volar los gorriones.



A BRAGAS ENJUTAS.

A orillas de un arroyo
que llaman río,
sentada en las memorias
de medio siglo,
La pobre España
al son de sus desdichas
sus penas canta.

Dice un adagio antiguo
que en nuestro suelo,
el que canta padece
mal de dinero,
Rabiando vive,
suspira entre cadenas
ó amante gime.

De Trafalgar un mástil
tiene en la mano,
el que sostiene un hilo
que anuda un clavo.
De fuerte arranque,
que los peces que busca
son hombres grandes.

Oigamos lo que dice
la pobre España
sobre la vista tendida
sobre las aguas,

Como el que espera
cada vez con mas ansia
lo que no llega.

«Yo que con este anzuelo
pesqué á Viriato,
y sin cebo en la punta
saqué á Pelayo,

Y al Cid Rodrigo,
que al peso de su gloria
me rompió el hilo;

Yo que á Hernan y á Gonzalo
cogí en un dia
y al cardenal Cisneros
la tarde misma,

Como á Cervantes,
con Calderon, Quevedo,
Lope y Velazquez:

Que abandoné el oficio
por cazar oro,
atrayendo á mis puertas
el mundo todo

Para que viera
la cosecha de vagos
que hay en mi tierra:

Que volví á ejercitarlo
con tal fortuna,
que en lugar de salmones
sacaba truchas;

Dicho mas claro:
que en vez de sacar uno
sacaba cuatro:

Y Macanaz, Patiño,
Fernando Sexto,
Ensenada, Alberoni,
Cárlas Tercero,
Florida blanca
y otros muchos salieron
de una cañada...

¿Qué he hecho del arte aquella,
de aquellas artes,
de hacer oro á fanegas
de hacer gigantes?

¡No tengo un cuarto....
aun tasando mis hijos
en un ochavo!

Y génius á docenas,
todos los dias,
encuentro en la flamante
pescadería;
Pero se dejan
en la calle inmediata
la calavera.

Lo que és en este charco
de cieno inmundo,
nada de lo que pesco
tan á menudo,
Vale un cigarro
de lo mejor que venden,
que son bien malos.

Siento picar y tiro
de una peluca,
vuelvo á sentir y saco
dos aleluyas,
con los retratos
de dos togas envueltas
en concordatos.

Cargo otra vez el cebo;
se mueve el agua....
y extraigo los cordones
de una polaca.

Voy á cogerlos....
pero tiran, me enlazo;
zozobro y tiemblo.

Me repongo del susto
y echo la caña:
siento un tiron muy fuerte
y una voz náufraga;
Tiro y me encuentro
un pez junto á la orilla
y otro en anzuelo.

Porque no se escapase,
corri á hacer presa
del nadador, que vino
con mucha flema
Dando saltitos,
como bailan las novias
de treinta y pico.

Para curar al otro
de las heridas,
le envolví en tres pedazos
de hermosa cinta.
Los examino,
y eran mis esperanzas
renacuajillos.

¡Ay de mí! vieja y pobre,
la nueva Europa
ni siquiera se ocupa
de mí persona!

Mas que esta vida,
quiero ¡oh Dios! un pez gordo
que me haga trizas.»

Pero no.... que á lo lejos
ostenta el alba
los rayos tricolores
de la esperanza....

Y acaso sean
el iris mensajero
de buena pesca!»

A orillas de un arroyo,
que llaman rio,
sentada en las memorias
de medio siglo,

La pobre España
de este modo sus quejas
al aire daba.

EDUARDO GASSET.

A UNA CIEGA.

IMPROVISACION INÉDITA.

Sobre inmensa montaña de vapores
hay, hermosa, un gigante bienhechor,
que alumbra mundos y que inspira amores,
y pisa estrellas, de la luz Señor.

Cíñele un cielo la encendida frente,
nubes le dan espléndido festín,
y en él dormido entre fulgor candente,
gozase Dios.....

Los campos dora al derramarse en oro,
oro del manto del escelso Dios,
ó al inundar de aljofarado lloro
mar por la tierra dividido en dos.

¡El mar! ¡el mar! Tendido sobre el mundo
cual faja movediza de cristal,
sube á los cielos, lánzase al profundo
ó manso brilla con azul cendal.

Y cuando mira de color sangriento
teñido el manto por el sol cruel,
abre sus olas, sórbelo violento;
véngase así del enemigo aquel.

Y cuando silva el huracan bravío,
tirando el guante de discordia atroz,
muge rabioso, acepta el desafío,
llama á sus ondas, álzase veloz.

El espacio es palenque, ellos guerreros;
el orbe es concurrencia; Dios es juez;
suena el clarín, empuñan los aceros,
y avanzan á alcanzar victoria y prez.

No llores, hermosa mía,
porque no ves ora el día,
ni con sus olas de plata
el mar que el cielo retrata....

No llores, no, mujer, ángel del cielo,
mientras pueda mi lira hacerse oír,
porque cubra tus ojos denso velo
de negra sombra.....

Yo sobre el mundo y sobre el mar y el viento,
sobre la tierra y sobre el cielo estoy,
mundos y cielos sin cesar invento,
porque hácia el mundo de los vates voy.

¿Quiéres ver al fulgor de ardiente rayo
lucir el sol, bramar la tempestad,
zumar el trueno y florecer á mayo,
todo á un tiempo radiante de beldad?

¿O quiéres ver en el dormido espacio
solo, deidad, para servirte á ti,
de cristal y de nácar un palacio
coronado de záfiro por mí?

Todo á tus pies... y en tanto ¿que te importan
esos seres que vagan en monton
y entre el placer y entre el festín acortan
su torpe vida en torpe confusion?

Hermosa ciega, con tu fiel poeta
ven en valle pacífico á habitar,
valle que el gozo y el dolor aquieta,
donde puedes reír, puede llorar.

Yo te diré cuando al salir la aurora
desarrolla en el campo su fulgor...
yo te diré cuando la noche llora
lágrimas de tinieblas y de horror...

.....
.....
.....
.....

Mas descúbrese el velo de escarlata
que á tus ojos de amor tirano fué:
miras al sol... el gozo te arrebató...
¡gracias, gracias, gran Dios..! ¡Mi amada ve!

¿Me dices que estoy pálido? No, hermosa;
no te conturbe mi amarilla faz...
tus ojos... tú... la teñireis de rosa,
color de vida, de ilusión y paz.

¿Llamas bello al jardín? Está bien... vélo:
bello será: pero se olvida al fin...
si no está en él con tu hermosura el cielo,
si tú no estás ¡oh flor! en el jardín.

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

SIETE CARTERAS SIN MINISTROS Y UN MINISTRO SIN CARTERA.

I.

PRESIDENCIA.

Dícese comunmente que *cada casa es un mundo.*

Y yo digo que mi casa es una *Monarquía constitucional.*

Tambien suele decirse que *cada uno es rey en su casa.*

Sin embargo, yo no soy rey de la mia.

El rey de mi casa es el casero.

Yo no soy otra cosa que un presidente del Consejo de ministros, á quien S. M. el casero ha alquilado sus estados.

Ahora bien, yo no tengo *cartera*; pues una que me regalaron de piel de Rusia (pais nada constitucional) se me perdió cerca de Vergara; de modo que soy presidente sin *cartera*, cosa muy útil en estos tiempos.

Hechas estas salvedades, demos una vuelta por los siete ministerios de mi casa.

MINISTERIO DE ESTADO.

Abro mi pupitre y me encuentro con diez ó doce paquetes de cartas.

Las leo, y hallo lo siguiente:

Notas diplomáticas de mis novias, escitándome á firmar un *concordato* entre ellas y mi individuo:

Despues cinco partidas de sepelio.

Veinte declaraciones de guerra; cartas de trueno, de calabazas, de despedida.

Un borrador mio, que aboga por la *triple alianza*, á propósito de dos prójimas que me llamaban *traidor* á duo.

Y un *memorandum* de mi padre, que me estimula á abrazar la carrera de la Iglesia.

Por lo cual reasumo y digo:

Ministerio de Estado.—Soltero—seglar.

III.

MINISTERIO DE MARINA.

Pertenecen á él:

El baño;

La tinaja del agua;

La aljofaina subida en el tripode, como la antigua pitonisa;

Y todo el vino que haya en la despensa.

Vamos al arsenal y revistemos nuestra es-cuadra.

¡Oh dolor!... ¿Dónde está mi navio *Soberano*, el único que tenia, el rey de mis embarcaciones?

Desapareció: sí, señores: el paraguas se me ha perdido.

Por aquí debo tener dos vapores de hélice en los cuales cruzo las calles de Madrid hace medio año.—Dos magníficos chanclos de goma!

Calla! Solo encuentro uno... Pues señor; he perdido el *Fernando el Católico*.... ¡Estoy fres-

co! Diablo! Pues vean Vds. al compañero.... Está pasado por ojo.... Se le ha hecho un agujero en el talon.... como al *Miño*....

¿Y mi *Francisco-Asis*? Muchacha: ¿has visto mi *Francisco-Asis*, mi nuevo navio?

—No le entiendo á Vd., señor...

—Digo, que si has visto mi talma *impermeable*.

—Pero señor; si no se la ha hecho Vd. todavía!

—Ah!... es verdad; perdona, mujer... En cambio, tampoco está hecho el *Francisco-Asis*. Ah! no te vayas: dí que enganchen mi navio *Isabel II*.

—¿Qué navio? ¡Está Vd. loco!

—Digo.... mi berlina....

—Pero si no tiene Vd. tal berlina...

—¡Toma! es que pienso tenerla, ni mas ni menos que el gobierno piensa tener un navio *Isabel II*, solo porque lo están haciendo en la *Carraca* hace ocho años. ¿Quién sabe si Lázaro fabricará hoy el carruage que yo he de comprar cuando sea empresario del Circo? ¿Quién sabe tambien si ese navio que están construyendo en la *Carraca*, llegará á ser apresado por los moros del Riff?

IV.

MINISTERIO DE HACIENDA.

Tiro de la gaveta —Ni un cuarto.

La cuenta del sastre.

Una carta afectuosa que me pide dinero prestado.

Papel del Estado, que no se cotiza.

Recibos de sociedades mineras, artísticas,
gastronómicas y guerreras.

Al decir guerreras, me paso al

V.

MINISTERIO DE LA GUERRA.

Una espada... ¡yo también tengo espada!

Pero no tengo fusil, y eso que ardo en deseos de ser miliciano!

Y es que se han empeñado en no alistarme, por más que me ofrezco á todas horas.

Segun se ve, el chiste está en que uno lo sea á la fuerza.

Decía que tengo una espada, que no es de Luchana, ni tampoco la de Bernardo, ni menos un fac-simile ignominioso de la de Francisco I, que nos robaron los franceses en 1808! que si el orgullo de mi patria se cree satisfecho con tener en la *Armería Real* un asador en vez de un trofeo, yo, que no me ando con chiquitas, guardo una tizona toledana, con la cual doy lecciones de rancia esgrima española, en la *Sala de Rada*, con mi amigo Cruzada Villamil.

Item.—Hallo en mi *Ministerio de la Guerra*:

Un baston;

Una caja de venenos (la petaca).

Unas tijeras;

Una plegadera de marfil;

Y la pluma.

VI.

MINISTERIO DE FOMENTO.

El *Ministerio de Fomento* de mi casa es inútil.

Tengo, sin embargo:

Agua de vegetal, para darme *fomentos* en los sabañones.

Pero como no tengo sabañones, el señor X... digo, el agua de vegetal es enteramente inútil.

VII.

MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA.

Lo he colocado en un velador, en medio de la sala.

Allí escribo la *Crítica dramática*, haciendo *gracia*, cuando se me ocurre algo gracioso, y haciendo *justicia* siempre que no me equivoco, que será casi siempre.

Allí gano el pan, que es la *gracia* de Dios. Allí me manda Dios la inspiración, que es la *Gracia*.

Gratia, dice S. Agustín; *mérito nominatur, quia GRATIS datur*.

Por eso escribo *gratis* muchas veces.

Si autem gratia, continúa el santo, *jam non ex operibus; alioquin gratia jam non est gratia*.

Y como he estudiado teología, y fui curial en mi niñez; como tengo algo de clérigo y de escribano, resulta que mi velador abraza todos los ramos del *Ministerio de Gracia y Justicia*.

Por lo demás, allí me encontrará la *Justicia* cuando no le hagan *gracia* mis escritos.

VIII.

MINISTERIO DE LA GOBERNACION.

El *Ministerio de la Gobernacion* de mi casa reside en mi ama de gobierno.

Y no creais que esto se pone en contradiccion con el epigrafe de mi articulo. Ella no es un ministro, es una cartera, una oficina, y nada mas.

Me cose los calcetines, me sirve la mesa, me hace el caldo gordo ó flaco, segun cuece el puchero, y no piensa, hace, ni gobierna nada.— Yo...: yo soy el ministro universal; yo que no tengo cartera; yo, que hago lo que se me antoja, que vivo sin rey... pero con Roque.

Lo que quiere decir que mi casa no es una *Monarquía constitucional*, como digo al principio, sino una monarquía absoluta, donde no hay ni monarca ni vasallos, sino un *Presidente del Consejo de ministros-sin-cartera*.

ALARCON.

Unas gentes que no tenian que comer, se entretuvieron en rezar el rosario. Al llegar al *pan nuestro de cada dia*, gritó uno de los muchachos:

—Madre, eso se debe decir entre dientes.

FABULA POLITICA,

NI POLITICA NI FABULA.

- ¿Te casas conmigo?
—Contigo me caso;
pero has de ser bueno.
—Seré tu regalo.
—¿Tirarás mi hacienda?
—No habrá despilfarro.
—¿Quién ha de servirnos?
—Mis fieles criados.
—¿Serás consecuente?
—¿Y aun puedes dudarlo?
—Mira que he sufrido
muchos desengaños.
—¿Te he dado yo alguno?
—Mejor es callarlo.
—¿Qué tienes?
—Me ahogo.
—¿Quién causa tu daño?
—Tutores verdugos
que me están matando.
—Romperé tus hierros.
—¿Querrás remacharlos?
—Mi voluntad sola
será tu mandato.
—Siendo de ese modo,
ahí tienes mi mano.

Esto dijo á Julio
la *niña* de mayo
que estuvo cautiva
durante once años.
¿Y es hoy mas dichosa?...
Mejor es callarlo.

J. G. DE ALBA.

LUNES.

—Tilin.... tilin!
—¿Quién?
—¿Está Lopez?
—No señor.
—¿Tiene V. un cigarro?
—Tome V.

MARTES.

—Tilin.... tilin!
—¿Quién?
—¿Está Lopez?
—No señor.
—¿Tiene V. un cigarro?
—Tome V.

MIERCOLES.

—Tilin.... tilin!
—¿Quién?
—¿Está Lopez?
—No tengo.

.... (1)

Por cerezas garrafales
íbamos juntos al huerto.—
Con sus brazos de alabastro
escalaba los cerezos,
y montábase en las ramas,
que se doblaban al peso.

Yo subia detras de *ella*,
y mis ojos indiscretos
su blanca pierna veían....
y *ella*, cantando y riendo,
les decia con sus ojos
á mis ojos:—«estad quietos!»

Luego hácia mí se inclinaba,
de los dientes ya trayendo
suspendida una cereza;
y entre sus lábios bermejos
trémula me la ofrecia;
y yo mi boca de fuego
sobre su boca posaba;
y *ella*, siempre sonriendo,
me dejaba su cereza
y se llevaba mi beso.

VICTOR-HUGO.

Trad. por P. A. de A.

(1) Tomamos esta composicion de LES CONTEMPLATIONS,
obra reciente del autor de *las Orientales*.

LA NIEVE.

NOVELA INÉDITA.—FRAGMENTO.

XII.

—Quedamos en que nuestro amigo *Gustavo de Lara* había pasado á mejor vida.

—Séale la suegra leve.

—¡Magnífico!

—Señores, llenad las copas, levantadlas! Ahora brindemos á la salud del difunto.

—Brabo! brabo!

—Supuesto que la noticia me la ha comunicado por medio de una carta, os la voy á leer.

Sí, si que la lea.

—Atencion! dice así....

«Amigo Enrique acabo de morir de una tontería que se me hizo crónica.

Me he casado con una jóven llena de gracias y de bondad. Para que tengas una idea de lo provechosa que me ha sido esta union, te remito ese cuadro, el cual muestra claramente las ganancias ó las pérdidas que en el trascurso del tiempo puede producirme mi efectuado enlace.

Cargas.—Personas.—Mi mujer.

Animales carnívoros.—Un loro, un papagayo, dos cuñadas y mi suegra.

—Brabo! Adelante! adelante!

Mi mujer.—Señas físicas.

Edad—21 años.

Color—de azucena.

Ojos—de azabache.

Cabellos, cejas y pestañas de la misma tela.

Megillas—de rosa.

Cuello—de cisne.

Lábios—de rubies.

Dientes—de perlas.

Señas morales.—Génio oscuro, unos *quedados* y un perrito inglés.

—Divino, chico, divino! esto merece una copa de *burdeos*.

Datos.—Cincuenta mil duros en fincas rústicas y urbanas.

Cien mil en metálico.

Veinte mil en alhajas (sin contar con mis cuñadas).

—Señores, esa chica es un ángel: no puede haber maldad en un corazón lleno de tanta riqueza.

Continúa la carta de *Gustavo*:

«Hasta aquí, amigo Enrique, cuanto has visto es casi de color de rosa. Ahora entra lo negro.

Mi suegra.—Señas físicas.

Edad—50 yerbas.

Color—subido.

Ojos—como puñales en cuerpo humano atravesados.

Lábios—caídos.

Señas morales.—No las tiene.—Total.—0.
Bienes con raíces.—Doscientos mil duros.
Bienes sin raíces.—Los dientes, las muelas y el cabello.

—Excelente! bravo! brabísimo!

—Concluye la carta:

«Dispensa, querido Enrique, que no sea tan lato en mi escrito como tú desearias, pero las dimensiones domésticas me privan de este placer.

Dáles en mi nombre un abrazo á todos mis amigos, y tú no olvides al que tanto te quiere

GUSTAVO DE LARA.

Tu casa en Madrid, calle del Lobo, núm. 2, principal.

Partes telegráficas.—N.º 1. Son las dos de la mañana. Se rompen las hostilidades.

Mi suegra y mis cuñadas me insultan con desafreadas voces.

Avanzan á paso de ataque para arañarme.

—A las dos y cuarto.—Ha muerto el loro en la refriega.

N.º 2.º Mi mujer ha decidido separarse de su familia.

Interrumpido por los gritos.

N.º 3.º Abandono la *villa y corte* en compañía de mi esposa.

Dentro de cuatro días estaré en Sevilla, donde me embarcaré.

Pienso poner entre mi suegra, mis cuñadas

y yo un paréntesis de tierra; ó las *Antillas* ó el *cabo de Buena Esperanza*.

A última hora.—Mi mujer acaba de arrojar por una de las ventanas del *tren*, sus *quevedos* y su perro.

Soy completamente feliz.

—Vino! Fernando! concluya el *Burdeos* y entre el *Madera*.

—A la próxima llegada de nuestro amigo Gustavo!

—Yo brindo por un cuadrúpedo de faldas: por el cadáver del perro!

—Y yo por la niña mas bonita de estos con tornos, por Laura.

—Divino nombre!

—Aun es mas bella la niña que lo lleva.

—Quién es, Enrique? quién es?

—Una virgen!

—Hombre, por Dios! que estamos en el siglo diez y nueve y en el diez y siete dijo *Quevedo*...

Y ni en....

—Silencio: puesto que no conoces á esa mujer, respétala.

—La respeto, pero no olvides que en este siglo las artes y las ciencias han adelantado mucho, que el *double* imita perfectamente el oro... que...

—Basta de broma!

—Ahoguémosla en una copa de vino del *Rhin*.

—Convenido.

—Brindemos todos por la hermosa *Laura*.

—Por la hermosa *Laura*!

—Ahora, *Enrique*, cuéntanos la historia de esa linda muchacha... si la sabes.

—No la he visto mas que dos veces; pero os referiré las noticias que me han dado de ella los labradores de estas cercanías.

—Atencion, señores.

—Excelentes truchas!

—Atencion; que va de cuento.

JAVIER DE RAMIREZ.

Quando en las esquelas de muerto veais, Q. S. G. H., no leais *«que santa Gloria haya;»* pues la verdadera traduccion es: *«que salió ganando horas.»*

Por eso dice Rioja:

Estos, Fabio, ¡oh dolor! que ves ahora
campos de soledad, mis tios, cuñados
y demás amigos..... etc.

El amigo de un tal señor Francisco robó á dicho señor un poco cisco. Suelen algunas veces los traidores *finjirse amigos para ser señores, y el comercio afectando.... etc, (1)*

(1) Véase el libro de Iriarte.)



SITIO
DE UNA CARICATURA

MUY BONITA.

METODO PARA CAZAR RATONES.—Se coloca un guijarro puntiagudo cerca de la ratonera: se rocia esta con tabaco de cucaracha: sale el raton, huele el tabaco, estornuda, y va y se rompe la cabeza contra el guijarro.

LAS MADRES.

De padres á padrastros
hay cuatro leguas;
de madres á madrastras
hay cuatrocientas.

Copla del autor.

I.

—Quiquiriqui!

—Canta el gallo

y con esta ya van tres.

Ea, muchachos, arriba,
que es cerca de amanecer.

—Todavía es muy temprano...

Padre, déjenos usted
otro poquito!

—Que os deje

Cuando tenemos la mies
clamando porque cuanto antes
la vayan á recojer?

Ea, arriba, perezosos!

—Anton, déjalos! No ves
que están los pobres muchachos
reventaditos de ayer?

—No... buena procuradora
tienen en tí!

—Que se estén

en la cama hasta que el gallo
cante siquiera otra vez.

—Bien, que se esten. Estas madres
los echan siempre á perder!

—Hombre, qué quieres que hagamos?

—No haceros tanto de miel.

—Hijos de nuestras entrañas,
¿no los hemos de querer?

II.

—Muchachos, que ya es de día.

—Padre, ya estamos en pié.

—Ea, pues á ver si hoy cunde
la tarea mas que ayer.

—Hombre, ¿son algunos negros?

—Ya sales tú?

—Ya se ve

que salgo.

—Pero señor,
que en todo se han de meter
estas mujeres!

—Tratándose

de mis chicos, con el rey
me peleo yo... Hijos míos,
vais en ayunas? Bebed
un poquito de aguardiente
con un bollo. Os voy á hacer
para almorzar unas migas
que estén diciendo... comed.
Abrochaos esos cuellos,
que con el sol os poneis
lo mismo que unos gitanos....
Válgame Dios de Israel,
que por mas que una se mate
no ha de poder nunca ver
arreglados á estos hijos!
Id con Dios.

—Hasta despues.

—Eres la madre... mas madre
que se ha visto ni se ve!
—Déjame, Anton, por los clavos
del Señor! Y qué he de hacer?
Si su madre no los quiere,
¿quién ha de quererlos, quién?

III.

—Qué hermosa está la mañana!
Que bien se está aquí, que bien!
Desde esta ventana, un mundo
en miniatura se vé!
El aire de la mañana
olores va á recoger
al tomillar de los cerros
y aquí los vierte despues.
Airecito, que vertiendo
olores como la miel
en mi ventana suspiras,
que Dios te bendiga, amen!
Los mozos yendo á la vega
van cantando su amor fiel,
las mozas yendo á la fuente
le van cantando tambien,
y hasta los pájaros cantan
en el huerto no se qué...
Anton, el sol de Dios sale
por detrás del cerro aquel...
Qué hermoso, Dios le bendiga!
Anton, no le quieres ver?
—Déjame de sol ni sombra,
que harto me abrasso con él.
Si no es el sol que tú miras
él que madura la mies;

Si el sol que tú miras son
tus hijos.

—Pues bien, y qué?

Los hijos son el espejo
en que las madres se ven!

IV.

—Anoche los señoritos
debieron correrla bien,
que cuando se recojieron
eran cerca de las tres.

—Estás en tu juicio, Anton?

Si yo misma les eché
la llave para que entraran
y eran... serian las diez.

—Mujer, si yo los sentí
y estuve para cojer
una estaca...

—Vamos, vamos...

tú estabas soñando.

—Eso es!

Mire usted que es mucho cuento!
Que le han de querer hacer
á uno comulgar con ruedas
de molino!... Ya se vé,
su madre lo tapa todo
y los chicos hacen bien.
Y no les diste dinero
para la bromita?

—Pues!

—Mujer, si yo te sentí
abrir el cofre y coger
dinero cuando se fueron.

—Sí, se lo dí, pero ¿y qué?
Quiero que siempre mis chicos

donde vayan queden bien.

—Válgate Dios!

—Anton, mira,
por mas vueltas que le des,
ellos han de ser mis hijos
y yo su madre he de ser

V.

—Qué tienes, hija, estás mala?
Hace ya cerca de un mes
que no duermes, que no comes,
que reir no te se vé;
te vas quedando en los huesos..
Qué tienes? Vamos á ver,
quieres que sellame al médico?
—No, Anton, porque inútil es.
—Pero no sabes qué tienes?
—Demasiado, Anton, lo sé.
Los hijos de mis entrañas
van á ir á servir al rey!
—Tonta, y por eso te aflijas?
Mira, para conocer
el mundo, no hay mejor cosa
que andar siete años por él.
Todos los hombres debieran
esos estudios hacer.
—Anton, vosotros los padres
así pensareis tal vez;
pero las madres pensamos
que es el dolor mas cruel
ver á los hijos del alma
esos mundos recorrer
muertos de cansancio un dia,
otro muertos de hambre y sed,
casi desnudos ahora,

tristes y enfermos despues,
y siempre maltrataditos
por hombres sin Dios ni ley.

—Es verdad que hay algo de eso,
pero, hija, que hemos de hacer
si caen soldádos los chicos?

—Anton, y preguntas qué?
Hasta los últimos clavos
para librarlos vender;

y si eso no basta, yo
por esos mundos iré
pidiendo de puerta en puerta
para que á servir al rey
no vayan los pobres hijos
que con tanto afan crié!

—Alegando algun achaque
se podrán librar tal vez.

—Eso sería mentir
y dos veces ofender
á Dios, que los ha criado
mas hermosos que un clavel.

—Pues venderemos las tierras
ya que te empeñas, mujer.

—Gracias, Anton de mi alma!
¡Que Dios te bendiga, amen!

Para las madres la gloria
es siempre á sus hijos ver..

Ah! si Dios nos da dolores,
consuelos nos dá tambien!

VI.

—Ayer tu santo bendito
y nadie nos vino á ver!..

Qué ingratos hijos! qué ingratos!

—Anton, por la virgen, ten

paciencia!...

—Paciencia! Mucha
necesitamos tener!

Mira el pago que nos dan
esos pícaros después
de haberles sacrificado
el pan de nuestra vejez...
La soledad y el olvido!

—Pero hombre, por Dios, no ves
que tienen familia ya

los pobres á que atender?

—Y se olvidan de sus padres?

—No hay tal.

—Bien claro se ve.

Se casaron y no han vuelto
á poner aquí los pies!

—No habrán podido los pobres...

—No los defiendas, mujer!

—Son mis hijos.

—Ese nombre

yo á darles no volveré
sino para maldecirlos.

—Qué corazón tan cruel!

—Mal haya los hijos sean!

—Benditos sean, amen!

ANTONIO DE TRUEBA.



FLORES DE MADERA.

El ramillete que encabeza estas líneas es un regalo hecho por una mano desconocida al confeccionador de este libro.

Mas claro: cuando iba por aquí la impresión del presente volumen, apareció una mañana sobre la mesa en que se compaginaban los originales, el anterior dibujo esculpido en boj.

—¿Quién ha traído esto? ¡Yo no lo he encargado!

—Lo ha traído un joven astur.

—¿De parte de quién?

—No ha dicho nada.

Entonces reparó el confeccionador de estelibró en que el ramillete de flores de madera se parecía tanto como dos estrellas de una misma pléyada, á otro ramillete de flores naturales, de origen no menos anónimo, que apareció otra mañana sobre la almohadá del susodicho confeccionador.

V. perdone, lectora de mi vida, si la obligo á escuchar requiebros dirigidos á una tercera persona, y V. dispense, lector de mi artículo, si le hago asistir por un momento al enojoso drama de mi vida....

Pero, á vista de tanta amabilidad, de tanto misterio, de tanta constancia, y, sobre todo, de tan bonito grabado, no tengo mas remedio que exclamar

¡Bien venidas sean las flores que han acudido voluntariamente á formar parte de nuestro ramo primaveral! ¡Bien haya la galante mano que las envía! ¡Bien haya... Pero, guarda, Pedro, digo; guarda, Pablo: ¿Quién sabe si ambos ramilletes serán una broma de amigos? ¿Quién sabe si ese grabado vendrá pidiendo dinero? ¿Quién sabe si será obra de algun grabador novel que quiere acreditarse? ¿Quién sabe, en fin, si esas flores de boj habrán sido encargadas por mi mismo, y este artículo será una farsa inventada por mi vanidad para darse tono?

¡Ay! Heme aquí con una ilusion menos y una duda mas!—¡Hasta las flores de madera tienen espinas!!

A.

LA VERDAD EN SU LUGAR.

Quando la patria se ignora
en que la *Verdad* nació:
pues nadie dijo hasta ahora
el pais que la abortó,
¿no es manía,
que ya raya en tontería,
que en todo trance dudoso
se lance sin vacilar
á poner un mentiroso
la verdad en su lugar?

Massi el mundo asi se entiende,
hablando á ciegas y á locas,
otro corrija y enmiende
sus faltas, que no son pocas:
por que yo,
sin pararme en si nació
en Bélgica ó en España,
en la tierra ó en el mar,
dejaré en esta campaña
la verdad en su lugar.

Quando escuches:—Gran registro!
Recurso maravilloso!
ya hay en Hacienda un ministro

entendido y laborioso!—»

Cierra el pico
y la bolsa, si eres rico,
hasta tanto que se aleje
el laudatorio cantar
y el recaudador te deje
la verdad en su lugar.

Si te aseguran que Julia
de recatada y honesta
tiene fama en la tertulia
á donde asiste compuesta
con mil pingos
los jueves y los domingos,
ni lo niegues ni lo creas;
que es mejor para no errar,
que á la luz del tiempo veas
la verdad en su lugar.

Si te dicen que el presente
ministerio es poco esperto,
y saber quieres prudente
lo que en el caso hay de cierto
no echés cuentas,
ni te deslumbren las rentas
que ya en maravilla tocan:
ve si hay trampas que pagan;
por que las trampas colocan
la verdad en su lugar.

Por mas que victores suenen
en este ó en aquel drama,
ó sus escenas condenen
los fabricantes de fama,
de tu labio
no salga favor ni agravio:
da á tu esposa ó á tu hermana
el brazo y vete á acostar;
que el cartel pondrá mañana
la verdad en su lugar.

Si la esposa de un cesante,
sin cesantia ni hacienda,
gasta coche y va campante
al teatro y á la tienda,
porfiando
que solo vive pensando
en el que perdió su empleo,
no te des á cabilar;
que ya pondrá un *Cirineo*
la verdad en su lugar.

Si el que ayer se llamó *puro*,
hoy, por escalar el banco...
se transforma de hombre oscuro,
en *montañas rojo ó blanco*,
y moteja
de tontos á los que deja;
por mas razones que esponga;
sea paisano ó militar,
aguarda que el tiempo ponga,
la verdad en su lugar.

Si tu Elvira tiene antojos
y vómitos y mareos,
y al suelo baja losojos,
y contesta con rodeos,
no la apures,
ni del estado murmures
en que la pobre se vé;
que antes que llegue á sanar,
colocará su corsé
la verdad en su lugar.

Referen—y va de cuento—
que un palurdo como un poste,
se coló en el Parlamento
sin decir oste ni moste:

Y oyó cosas
tan raras y fabulosas
que de patrañas cansado,
dijo al fin:—¡Es singular
que todos se hayan dejado
la verdad en su lugar!

Yo de esta esperiencia triste,
lectores, he deducido,
que la *verdad* (si es que existe)
en un *lugar* ha nacido.

¡No es la córte
teatro para su porte
desnudo y poca *decentel*...
por tanto, no hay que temblar;
que se estará eternamente
la verdad en su lugar.

JOSE J. VILLANUEVA.

EN EL RETIRO.

Pues si señor; yo no sé cuanto tiempo he estado oyendo estas frases sacramentales:

«¡Qué hermoso estaba el Retiro esta mañana!»

¿Qué diablos* puede tener el Retiro por las mañanas que no tenga por las tardes? me decía yo siempre que sonaban en mis oídos.

Pero ayer salí de dudas, porque al fin, tanto va el cántaro á la fuente...

Y sobre todo, cuando el río suena...

Porque como dijo el otro, algo tendrá el agua cuando la bendicen; y si dan en decir que un perro rabia...

Por todo lo cual, me levanté temprano y dije para mi colete.

«¡Es preciso verlo!»

Y eché á andar.

La mañana estaba deliciosa. El cielo, el aire, los vapores, es decir, los aromas que... pero vamos al caso.

A poco de haber salido de mi casa, me tropecé con un amigo.

Este amigo llevaba la misma direccion que yo.

Inútil es decir que fuimos juntos.

Pero al llegar al Prado, me soltó del brazo, y señalándome la aguja del Dos de Mayo como para indicarme la direccion que debía seguir, me dijo:

—Véte por ahí; y si vés á Luisita con sumamá y te preguntan por mí, dílas que hace dos días que estoy en cama. Abur.

Y me dejó entregado á mí mismo, esto es, al hombre mas dado á las conjeturas que ha nacido de madres.

Pero esta vez no tuve ocasion de hacer ninguna, porque mi amigo se acercó á una jóven que á cierta distancia de nosotros se hacia la distraída... y no necesito decir mas.

Atravesé el paseo del Dos de Mayo, no hice caso del parque de artillería y en dos brincos estaba en el Retiro.

¡Qué bonitas cosas podria decir aqui si supiera hacer una descripción.

Era maravilloso tender la vista y descubrir al través de las hojas la sombra de una niña fugitiva: era encantador el oír al pasar por la espesura palabras vagas, risas comprimidas y ecos muy parecidos á suspiros.

Un hombre solo apenas hace bulto, y cuando se mete entre árboles gigantescos, el apenas está demas. Por otra parte, cuando hay hojas que se mueven, pájaros que cantan, niñas que corren y parejas que cuchichean y suspiran, las pisadas del hombre no hacen ruido.

Por eso yo, guarecido entre el ramaje y amparado de tales murmullos, me deslicé y ví.

Y lo primero que ví fué una dama conocida que se encontró por casualidad con un jóven de buena traza, portador de un ramo de rosas.

—¡Usted por aqui... exclamó la dama: no le creia tan aficionado á las flores.

—Ha creído usted mal, señora, contestó el mozo; me muero por las rosas.

Ella se sonrió, y yo dije para mi sayo: «Comprendo el equívoco: no todas las rosas tienen espinas.»

—¡Ha venido usted sola? continuó el jóven.

—Sola enteramente, no.

—Perdone usted, no habia visto el buen Justo.

Este Justo era el lacayo que llevaba la sombrilla de la señora.

—¿Y deja usted al esposo en la cama?

—Salió ayer tarde para el Escorial: vá por quince dias.

—Si no molestara á usted mi compañía...

—¡Oh! no, repuso la dama tomando el brazo de su interlocutor; pasearemos hasta las nueve, y si usted quiere acompañarme á almorzar...

El jóven se inclinó graciosamente, y yo seguí mi camino deseando tropezarme con alguna casualidad parecida.

Desgraciadamente para mí, todas las rosas tienen espinas.

Al cruzar una plazoleta, observé que otro jóven que estaba reclinado sobre un banco de piedra, hacia por leer los *aforismos de Hipócrates*.

«Este es médico,» murmuré entre mí.

Y como si el jóven hubiera querido asegurarme en mi juicio, tendió la mano hácia unos céspedes por entre los cuales salia otra mano blanca y redonda que estaba pegada al brazo de una muger.

Detrás de los céspedes salia una voz cascaca, voz de mamá ó de tia que exclamaba:

—Niña, que vás á espinarte: mira que vá á cogerte algun guarda.

—Sí, sí, replicaba la niña, ya me coge.
¡Y era verdad!

El médico la tomaba el pulso.

Aparté mis ojos de aquel espectáculo y continué mi paseo bajo un toldo de acacias.

«¡Qué hermoso es esto!... exclamé en voz alta con la gravedad de un filósofo.»

—Hermoso está en efecto, contestó una voz gruesa y garrasposa; pero debía estar mas cocido

De pronto creí que algun amigo al verme habia querido burlarse de mi espontánea exclamacion; pero merced á un claro que dejaban ciertos arbustos, pude ver que se trataba de un jamon cocido en vino, víctima de la voracidad de un antiguo matrimonio que habia ido á solazarse con aquel refrigerio inocente.

«Hé aquí la felicidad!... repuse yo sentenciosamente.»

Y al mismo tiempo salió un perro de entre los árboles, y llegándose atrevidamente al rectorio de los cónyuges, cogió un pedazo de jamon... ¡el mas hermoso!... y dió á correr como si le siguiera un agente de policía.

A ataque tan brusco como inesperado, la señora casi se desmayó y deshizo con un codo dos pasteles de liebre... creo que eran de liebre. El obeso caballero probó á levantarse; pero impidióselo su abultado abdomen y acabó por resignarse á perder el trozo de jamon que tan villanamente le habia sido arrebatado.

Riéndome de aquel suceso, exclamé al emprender otra vez mi paseo:

«No hay felicidad completa en este mundo.»

Paso tras paso, llegué al estanque chinesco, en el cual se divertian varias niñas echando pan á los peces.

La superficie del estanque era de color de plata con algunas manchas de púrpura. Estas manchas no eran otra cosa que los peces que se habian asomado á flor de agua para admirar de cerca las gracias de aquellas ninfas.

¡Qué estúpidos son los peces!

Alguno de aquellos ángeles tenia su anzuelo pendiente de un torzal, á impulso del cual los peces subian aleteando á una altura mayor á que ellos se figuraban alcanzar en sus sueños de ambicion.

Este juego me pareció bastante divertido, y me recliné sobre la barandilla de hierro que circunda al estanque, para reirme un rato á costa de los pobres peces que tan incautamente corrían á la esclavitud.

La niña del torzal tenia un par de ojos negros capaces de enamorar á un santo.

Y estos ojos, siempre alegres, siempre juguetones, se clavaron en otros ojos negros tambien, propiedad de un mancebo de rostro sentimental que estaba á mi lado.

Al contacto de aquella mirada el jóven dió dos pasos de costado con direccion á la pescadora.

«¡Malo!... dije entre mí; la leccion no aprovecha.»

La niña lanzó otra mirada, y el mozo dió otro paso lateral.

Una tercera mirada puso al mancebo á dos pasos de la hermosa doncella, que tiraba á la sazón del torzal á cuyo extremo se bamboleaba un pez tan blanco como una barra de plata.

—¡Quién fuera pez, señora!... murmuró cáudidamente el enamorado.

Yo le miré con sentimiento y me separé diciendo:

«Ese inocente no sospecha que ha sido pescado en este mismo instante... Perdonadle, señor, que no sabe lo que se hace.»

Y tomé otra dirección.

Al llegar á la estatua de Carlos II ví que una jóven de tez morena y esbelto talle, conversaba mano á mano con un galán á quien ocultaba á medias un muro de arbustos: mas lejos otra niña se entretenía en coger flores.

Escondíme detrás de la estatua lo mejor que pude para sorprender la conversacion; pero nada oí.

En cambio ví que los interlocutores se estrechaban las manos, y que se inclinaban, y que... un rumor extraño me hizo dar un brinco.

Creo que la estatua del rey Hechizado volvió la cabeza.

No estoy seguro:

Lo que es cierto es que yo alargué la mia notablemente. Tanto, que la pareja se dispersó; la jóven ruborizada, el jóven con semblante acre y amenazador.

—He cobrado de fijo un enemigo, murmuré entre dientes.

Y no queriendo turbar los placeres del prógimo, varié de rumbo y me dirijí al estanque grande.

Allí me entretuve en echar pan á los patos, y luego volví á internarme por aquel laberinto encantado.

De pronto ví que mi amigo y Luisita se encontraron frente á frente.

¡Qué diablo de casualidad!

Luisita iba del brazo de un oficial.

Mi amigo llevaba una modista muy graciosa en el suyo.

¡Se miraron!... ¡se conocieron!... y no pasó mas.

«Esto está visto,» dije, y me salí del Retiro.

Una vez fuera, exclamé:

¿Qué es el Retiro?

La mansion de los amores.

¿A qué se vá por las mañanas al Retiro?

A cosas de amores.

Por eso acuden tantos penitentes á este Retiro.

Yo seria monge de buena gana.

Para habitar este paraíso hace falta una compañera.

¿Querrá serlo alguna de mis lectoras?

Si alguna es tan amable que quicra otorgarme tal merced, sírvase decirmelo por el *Diario de Avisos*, que yo acudiré sin dilacion al punto que me señale.

ANTONIO HURTADO.

Se espera muy pronto una modificacion ministerial.

Hace dos noches que el Presidente del Consejo estuvo en la calle del Carmen á preguntar cuanto papel se necesita para forrar un gabinete.



—Desengáñese usted, padre Mateo,
los cánones destrozan el manteo.

LA ROSA BLANCA.

Miradla cuán hermosa
en el jardín florido se levanta
la pura y blanca rosa:
mirad cual en su tallo
mas leve que la pluma,
con blando movimiento
se entrega cariñosa al manso viento.
Vedla mas blanca que la pura nieve
que arrebatada la bruma
sobre la verde alfombra de sus hojas,
rico botón de nacarada espuma.

Ella mas aromosa
que la encarnada rosa,
mas pura que las brisas del Oriente,
mas blanca que la luna del estío,
en su trono se mece
coronada de perlas de rocío.

Bálsamo bienhechor que en su capullo
el amor de las auras deposita,
dulcísimo beleño
que tornas á su vida de hermosura
la rosa por el sol ayer marchita.

Gotas de amor que guardas en tu seno,
hinchida de alegría
y que á mi triste corazón parecen,
lágrimas ser de la esperanza mía!

Cual tú blanca y hermosa
 era mi amor ¡oh rosa!
 y cual á ti el rocío,
 sus mejillas regaba el llanto mio;
 Sobre mi amor mis lágrimas cayeron,...
 el te vuelve á la vida....
 Y ellas..... la muerte á mi esperanza dieron

G. CRUZADA VILLAAMIL.

A consecuencia de padecer el Sr. Escosura de sabañones, le han recetado para su curacion que se aplique un *fomento*.

La primera idea de S. E. fué aplicarse al Sr. Luxan, pero ha desistido de ella, por que no le gusta la homeopatía.

El Sr. ministro de Marina anda hace algunos dias triste y cabizbajo.

Segun dicen el motivo de su tristeza, es que teme que con los temporales pasados se haya perdido el Barco de Avila.

.

Nací sobervio en miserable cuna;
 volé al combate y alcancé renombre:
 mi salvaje valor y mi fortuna
 me hicieron luego despreciar al hombre.

El ronco son de la batalla hirviente,
 el bosque solitario con su calma,
 ni un pensamiento levantó en la mente,
 ni un sentimiento despertó en el alma.

Tú solamente, Elena, vida mia,
 tú, como Dios que arrauca con su mano
 agua sin fin del pedernal que toca,
 sacaste amor y sentimiento humano
 de este desierto corazon de roca.

.

ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

GOSAS QUE ES Y EN QUE PUEDE

CONVERTIRSE UN ESPAÑOL.

En *número*, cuando vive en fonda ó vá al hospital.

En *asiento*, cuando viaja en diligencia.

En *caso*, cuando le dá el cólera.

En *fulano*, cuando se habla de él.

En *ese*, cuando se casa.

En *abonado*, cuando paga el teatro en junto.

En *sujeto*, cuando se cuenta un chisme.

En *autor*, cuando traduce.

En *cartulina*, cuando dá los días desde su casa.

En *voto*, cuando hay elecciones.

En *mozo*, cuando entra en quintas, ó sirve café.

En *prégimo*, cuando tiene flaquezas.

En *primo*, cuando paga.

En *parroquiano*, cuando compra.

En *alma*, cuando vive en una capital populosa.

En *alojado*, cuando sigue la carrera de las armas.

En *transeunte*, cuando va por la calle.

En *amado oyente suyo*, cuando va al sermón.

En *simple particular*, cuando se retira á la vida privada.

Y, por último, en *capitan de nacionales*.

EMBLEMA.

El fruto de las encinas
diz que es dulce como mieles;
yo confieso que al probarle
le he encontrado amargo siempre.

Pasaba á mi lado un día
el diablo, y como me oyese
mi torpez y mi ventura
con el árbol ofrecerle,
llegóse á mí, me tomó
los frutos; de entre otros trece
diome uno solo; los doce
lanzó al aire, y luego fuese.

Quedé confuso; mas pronto
quise juzgar y animéme;
gusté el suyo; estaba dulce...
los demás...estaban verdes.

Encinica de mis males,
desde aquel encuentro aleve
fuiste para mí el emblema,
de mi vida.... Dios te premie.

Siempre estoy buscando frutos,
siempre estoy mascando hielos:
mis esperanzas del Alba
antes del Ocaso mueren:
por un placer mil quebrantos;
por un triunfo mil reveses:
el dolor siempre en sazón....
mi ventura siempre verde.

RAFAEL GALVEZ AMANDI.

AL DESPERTAR.

Window, let day in, and let life ou t
SHAKESPEARE.

I.

Dulce brisa aspira el pecho,
tibia luz mi estancia dora
y, de nubes sobre un lecho,
al lejos sé vé la aurora
amorosa sonreir!

La besa el sol, la enrojece,
y ella su azul vestidura
pudorosa desvanece.....
¡las lágrimas de ternura
miro en las flores lucir!

II.

Roba el aura á las acacias
y las lilas sus olores,
del sauce á las ramas lacias
los morados ciclamores
sus ramas miro enlazar.

El agua quejas suaves
forma, en las piedras quebrada,
y ebrias de gozo las aves
hacen la fresca enramada
de armonia retemblar!

III.

¿Por qué de tanta hermosura
huyo triste y desdenoso?
¿por qué de la noche oscura
llamo al hijo misterioso,
que mi lecho abandonó?

Entre sus negros cabellos
llevó al partir un gemido;
¡al herir con sus destellos
la luz mi rostro dormido
de mi seno lo arrancó!

IV.

¿Sabes por qué, amada mia,
en vano á la sombra llamo?
en mis sueños te veia,
y, en voz muy baja, *te amo*....
murmurar, loco, te oí!

¿Comprendes que con tristeza
mire la naciente aurora?
¿como sentir su belleza
si tú, del alma señora,
estás tan lejos de mí!!

ANGEL MARIA DACARRETE.

Aranjuez.

VIAGE PATRIOTICO

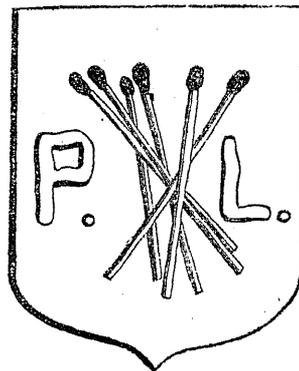


(La escena pasa en... ¡Vaya! ¿dó? A la lid, españoles, etc.)

Un chiquito.—Papá, esto pesa mucho: ¿A dónde vamos?

El autor de sus meses.—Calla, tontico mio: á esperar al Mesías.

CELEBRIDADES CONTEMPORANEAS.



I.

Hay en España un español, que mas que español de España parece un español de otra parte. Ni sus instintos, ni sus concepciones, ni sus hechos, re-elan que haya nacido en este pais, del cual ha dicho con mucha razon un extranjero, que es el mas apropiado de Europa para dormir la siesta. Tan visibles son la haraganería y soñiego de sus habitantes!

El hombre á que aludimos, posee el espíritu creador de los ingleses, la actividad incansable de los franceses, la gracia imitativa de los belgas, la constancia impertérrita de los alemanes, y la inspiración lozana de los italianos. Solo podría asegurarse que era español, sabiendo que vale mucho y que nadie se ocupa de él.

Muy joven todavía, concibió un bastísimo proyecto; pensó, meditó, combinó; adujo las razones favorables y adversas para su idea; despreció los obstáculos, olvidó las contrariedades, se burló anticipadamente de sus enemigos; y con el dedo de Colón entré las cejas y la actitud resuelta de un Hernán-Cortés de la industria, se volvió á sus compatriotas para decirles:—Yo voy á conquistaros un nuevo mundo.»

Largas penalidades, inmensas luchas, trabajos sin cuento tuvo que emplear antes de recoger el menor fruto; pero él que era poeta, pensador, filósofo, artista, industrial, mecánico, economista, comerciante, filántropo, y sobre todo buen patricio, no titubeó, no desmayó, no cesó hasta dar honrosa y completa cima á su proyecto.—Hoy por hoy no vacilamos en decir que es el apóstol de las luces españolas.

El lector comprenderá que nos referimos al renombrado Pascasio Lizarbe, fabricante de fósforos en Navarra. El es la gran figura que nos proponemos bosquejar en este estudio.

II.

Hay á tres leguas de Tudela una pequeña ciudad que los geógrafos reconocen con el nombre de Cascante, cuyos productos aunque sabrosos y lozanos como todos los de Navarra, son insuficientes con mucho á proporcionar la abundancia y desahogo que los pueblos han menester en nuestros días.

Ni la feracidad del terrero, ni la bonanza del clima, ni la laboriosa solicitud de los cascantinos, nada bastaba á establecer ese dichoso equilibrio entre la producción y el trabajo, por el cual se recompensa el segundo, en razón de la cantidad y mérito de la primera. La esteva y el arado siempre en movimiento, no lograban calmar las públicas ansiedades; Dios que había permitido la abundancia, no había concedido el precio; y si el hambre no perseguía á los moradores de aquellas comarcas, faltábanles en cambio los medios materiales de subvenir á otras no menores urgencias de la vida. La balanza económica se inclinaba al lado de la miseria: la hidra de la revolución social, asomaba por consiguiente sus siete cabezas ensangrentadas. El peligro era horrible.

Tales pensamientos cruzaron por la mente de Lizarbe, cuando contempló en silencio los males de su patria. La naturaleza sola, no bastaba en manera alguna á conjurarlos: necesitábase además la industria del hombre. Pero ¿cuál era la fórmula? — Su siglo se la señaló con el dedo.

Habia por entonces en Europa un problema industrial y científico que resolver. Sabios alquimistas que analizan el cieno para haber de convertirlo en oro, habían enseñado á las gentes un procedimiento sencillo para producir la combustion por el rozamiento. La espresion de esta idea era el fósforo, ingeniosa amalgama de la esencia inflamable de los huesos, con cualesquiera materias combustibles; tremendo ataque al oscurantismo material; *fiat lux* interior de los hombres. Pero la idea estaba incompleta: hecha la luz habia que darla barata; único medio de que el adelantó produjera sus portentosos resultados.

Francia, Inglaterra, Alemania se lanzan al estudio: cada una de ellas se considera llamada á estender el prodigio sin auxilio ni cooperacion de nadie; pero, ¡raro fenómeno! esas naciones que en todos los ramos de la industria marchan á la cabeza del mundo, no consiguen resolver el problema económico que las agita.

De repente y en un confin del orbe científico, en el mas oscuro rincon de la pobre España, se levanta Lizarbe con el signo de la inspiracion en la frente; toma el huevo en sus manos, fija la punta con violencia sobre la superficie plana, y el huevo se queda en pie.

III.

Un cascantino acababa de dar nombre á su época.—No ha podido llamarse siglo del vapor al siglo de Blasco de Garay, y sin embargo

Blasco de Garay hizo moverse á un buque con agua hirviendo: el siglo del vapor es aquel en que el agua hirviendo cuesta poco. — Por eso Pascasio Lizarbe, al siglo del vapor le añadió el epíteto de siglo de los fósforos.

Toma de las naciones estrangeras lo que necesita para su proyecto: de aquí la masa inflamable, de allí el cuerpo combustible, de esta el ceramen, de la otra el receptáculo, de todas la belleza de la forma, la facilidad de ejecucion, el dique á los inconvenientes; medita, reflexiona, y combinando los esfuerzos de todos, aplica su propio esfuerzo á la perfeccion y sencillez del conjunto. Lo que nadie ha podido conseguir, lo ha alcanzado Lizarbe. De hoy en mas, la luz del hombre, á semejanza de la luz de la naturaleza, está al alcance de todos.

Entonces quiere difundir su descubrimiento por los ámbitos de la monarquía: coge la pluma, y con la profunda conviccion del hombre que está satisfecho de su obra, del hombre que no duda, que no vacila, que no teme; espresa en sencillo romance, en ese habla romancesca que al decir de un poeta se inventó *para escribir las glorias de nuestros abuelos*, espresa su conquista, su descubrimiento y su gloria en estos términos:

«Fósforos de nombradía
de luz segura y brillante,
se fabrican en Cascante
por Lizarbe y compañía.»

IV.

No se tome á presunsion la aparente arrogancia del industrial poeta: lo que Lizarbe ha

dicho es la verdad. La nombradía de sus fósforos se ha extendido en poco tiempo; la cerilla que sale de Navarra es infalible, su luz radiante; él mismo la fabrica en su propia casa, y solo se vale de sus compatriotas para producirla. No se pueden decir, pues, mas verdades en cuatro versos.

Además que Lizarbe no es un charlatan ni mucho menos. Hombre de pensamiento antes que de acción, ha educado su espíritu á la par que educaba su cuerpo: el trabajo le ha hecho industrial, el pensamiento le ha hecho filósofo, el sentimiento le hace poeta; y un hombre que reúne al ejercicio incesante de su profesion, la filosofía y el estro sagrado de las musas, no puede decir sino la verdad.

Nuevo Bernardo de Palissy, medita mientras amasa la arcilla, y canta cuando modela el jarro; vá consignando en sus obras la espresion natural de su pensamiento; escribe en el artefacto lo que emana directamente de su corazón: si cada figura del alfarero francés es una página, cada cajilla del fosforero español es un libro. Ambos han escrito su historia en su mercancía.

Lizarbe no se contenta con haber resuelto la primera dificultad: quiere resolverlas todas. El algodón adquiere en sus manos flexibilidad y blancura; el sebo pierde su mal olor; el fósforo sus malélicas emanaciones; la caja se hace esbelta, el conjunto, en fin, agradable; y todo esto llevado á las últimas especulaciones de la economía, llega á manos del público por un insignificante precio: entonces escribe con cierto énfasis:

«A nadie cedo en blancura,
ni en brillo, ni en claridad,
ni en superior calidad,
ni tampoco en baratura.»

Y tiene tambien razon. Todos cuantos á la sombra de la creciente fama de Lizarbe procuran imitar sus productos y rivalizar con él, todos se hunden en el concepto público ante la superioridad incontrovertible del navarro. Célebrense un certámen abierto, y de todas partes acuden á disputar la corona en la capital de la monarquía: Lizarbe se lleva la palma desde luego; henchido de júbilo pregona en el instante su triunfo, y para disculpar esta pueril satisfaccion, propia del artista laborioso, exclama entusiasmado:

«No me llames presumido
si mi claridad te inunda
sin humo y un estampido;
porque el premio he merecido
de Doña Isabel Segunda.»

V.

Pero sus émulos lejos de acobardarse con esta prueba de la pública y real estimacion, asestan nuevos dardos al laureado fabricante; y ya que no pueden desprestigiar el género que produce, condenan la mercancía como atentatoria á la vida del hombre. No basta que Lizarbe haya inventado la detonacion de la cerilla para precaver los males del incendio

(ventaja que aun desconocen hoy todas las naciones de Europa); no basta que haya barnizado la masa fosfórica para impedir la emanacion de gases deletéreos; no basta nada de esto, no. Los fósforos, dicen, son la ocasion y medio del suicidio. Indignado Lizarbe grita entonces:

«Si se envenena una amante
por haber perdido el seso!
¿qué tienen que ver con eso
los fósforos de Cascante?»

El pueblo sensato comprende esta razon y no abandona, sino antes bien centuplica el uso de sus fósforos. Todas las asechanzas de los enemigos de Lizarbe, no sirve mas que para difundir y estender sus productos por nuevas regiones. Para desesperar, pues, á los que tanto y tan infructuosamente le persiguen, escribe luego como compadeciéndose de su miserable guerra:

«Desde Irun hasta Sevilla,
y del Ferrol á Alicante,
no hay pueblo, ciudad, ni villa,
que no luzca la cerilla
y el fósforo de Cascante.»

Y así es en efecto: Lizarbe se hace el fosforouniversal. Todos los fabricantes de España juntos, no espendeden una tercera parte de

lo que cambia en el mercado la fábrica cascántica. Solo por falta de los de Lizarbe, acepta el consumidor fósforos de otra marca; y bien se cuida de espresarlo él mismo, cuando dice:

«Mi fama y reputacion
se aumentan de dia en dia;
y no hay pueblo en la nacion
que no dé predileccion
á Lizarbe y compañía.»

VI.

Satisfecho ya de su indisputable triunfo, Lizarbe se tranquiliza; pero no se duerme en sus laureles. Quédale una revelacion que hacer, y antes de hacerla necesita justificar plenamente sus palabras. El filósofo, el industrial, el poeta estaban satisfechos; mas no el filántropo, no el patricio, no el verdadero amante de la humanidad.

Todas las primeras materias que se emplean en la fabricacion, son y deben ser extraídas de aquella tierra, elaboradas por aquellas manos, y utilizadas por aquellos pobres compatriotas cuyas desgracias se propuso desde un principio remediar. La fortuna le sonreia ya lo bastante para producir tan gigantescos fines: móntase la fábrica en gran extension; llama al trabajo á los ancianos, á las mujeres á los niños: unos retuercen el algodón, otros bañan la belilla, estos untan el fósforo, aquellos le cortan é igualan; de un lado se fabrican cartones, se cortan cajas, se forman, se

cubren; de otro se prepara la arena y se aplica y pega á la caja; el papelero hace papel, la imprenta imprime, el carpintero embala, el traginante conduce; y desde el químico hasta el mecánico, desde el profesor inteligente y vigoroso, hasta el niño raquitico y ciego, todos se ocupan en el país, todos trabajan, todos viven, todos prosperan.

La ciudad que poco tiempo antes parecia abandonada y ruinosa, cambia repentinamente de aspecto: las construcciones se suceden, la poblacion aumenta, la propiedad se ensancha, la industria se anima, el comercio brota; y la misma agricultura que no hace mucho se resentia de la depredacion de sus productos, acrece ahora en importancia y valor á medida que se aumenta y avallora el número de los consumidores.

He aquí los frutos que recoge el talento, la actividad, la instruccion, la constancia y todas las buenas prendas de que nuestro héroe se halla adornado. Por eso cuando se ocupa de esta última parte de sus tareas; cuando revela este último punto de sus aspiraciones, puede decir con la satisfaccion propia del hombre honrado:

«Desde que alumbró á la Iberia
con mi luz pura y constante,
he quitado de Cascante
mendicidad y miseria.»

¡Gracias te damos, pues, nosotros, oh Lizarbe,
en nombre de esa porcion de la humanidad á

quien has salvado con tu constancia! ¡gracias tambien en nombre de ese pueblo á quien has inmortalizado con tu génio, y de esta España á quien has puesto en evidencia ante los extraños!

Si, porque cuando consideramos que tú, ¡verdadero héroe cascantino! eres el único que has hecho llamar la atencion de las naciones cultas sobre tu pobre y desautorizado país; cuando consideramos que esa Francia, esa Inglaterra, esa Alemania, tan orgullosas con los productos de su industria, (como pueden estarlo) no han llegado nunca, ni llegarán tal vez, á rivalizar contigo en mérito, perfeccion y baratura; cuando vemos que los franceses, ingleses y alemanes pobres, y hasta de clases acomodadas, no pueden costear todavía mas que fósforos de madera que ahuma, cubiertos de azufre que asfixia, y por un precio duplo que los de tu fábrica; cuando escuchamos en luengas tierras tu nombre venerable por sobre los nombres de cuantos se han dedicado á tu industria; cuando nos persuadimos, en fin, de que en Europa se sabe que existe España porque en ella ha nacido Pascasio Lizarbe fabricante de fósforos de Navarra; entonces un sentimiento de entusiasmo se apodera de nuestra tra alma, el gozo estalla en nuestros sentidos y quisiéramos poseer unos brazos tan largos como nuestro deseo para arrojarnos á tu cuello y espresarte toda la inesfable gratitud que hácia tí sentimos.

Pero ya que esto no sea posible, recibe desde aquí nuestro entusiasta y sincero parabien; y si la proverbial ingratitud de tu patria, si-ese desvió, puramente español, que en esta

zona se tributa al hijo predilecto, amarga tu existencia y te acarrea un prematuro fin, muere seguro de que no faltará un compatriota que, apreciador de tus méritos y virtudes, y ganoso de evidenciarlas, vaya á tu país, busque tu fosa y escriba sobre el mármol estas célebres palabras:

AUX GRANDS HOMMES, LA PATRIE RECONNAISSANTE:

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

Se cuentan del viaje del Duque de la Victoria cosas muy peregrinas.

Parece que, habiendo tratado el Ayuntamiento de Zaragoza de regalarle un magnífico palacio, contestó, que modesto hijo del pueblo, no habia aspirado nunca mas que á una choza.

Al otro dia recibió un ejemplar de la *Chozza de Tom*, elegantemente encuadernado.

El Q. B. S. M., que los hombres de la situación ponen al pié de sus cartas, no significa Que Besa Su Mano, sino Que Buen Sueldo Mama.



LA PRIMAVERA MODERNA.

Segun cálculos sutiles
de un sabiendo como hay mil,
el lozano mes de abril
cuenta cinco mil abriles.
Los años son proyectiles
que á todos causan agravio,
y en este concepto sabio,
nadie de afirmar hoy deja
que la primavera es vieja...
segun el *Padre Petavio*.

Ya no es la virgen hermosa
que coronada de flores,
era imán de los amores,
del casto céfiro esposa;
no es la niña pudorosa
que envuelta en su verde manto
daba á las almas encanto...
es la que el artista fiel
os manda en este papel...
¡Por eso la lloro tanto!

Ved á la zagala tierna
que ayer os mostraba pura
la adolescente natura
entre su sonrisa eterna!...
Con el traje á media-pierna,
gorda, súcia y de mal tono,
miradla ya en su abandono
trocada en ramilitera...
¡Digna, digna primavera
del siglo décimo-nono!

PALACIO.

Entre el día y la noche no hay pared.
Refran que enseña á acostarse tarde.

El hombre come y la gallina pone.

MAÑANAS DE ABRIL Y MAYO,

NOVELA

por P. A. de Alarcón.

I.

—Convénzase V., señora:

*Las mañanicas de abril
son sabrosas de dormir.*

Cuando el refran la dice, sus razones tendrá
para ello.

—¡Qué locura! los refranes solo representan
la opinion del que los compuso. Tenga V. pre-
sente que tambien es un refran el que dice:

al que madruga, Dios le ayuda.

—Si... pero

*no por mucho madrugar
amanece mas temprano.*

—Bien; pero

*el que se levanta tarde
ni oye misa ni come carne.*

—¡Diablo, Mercedes! Veo que sabe V. mas
refranes que Sancho Panza....

—Luego se convence V....

—No, señora....

—¿No iremos al Retiro mañana por la ma-
ñana?...

- V. juzgará.
—¿Cómo?
—Sí, señora; en cambio de los refranes que V. me ha dicho, yo pudiera contarle una historia que la convencería de lo peligroso que es madrugar.
—¡Magnífico argumento para una novela! Cuéntemela V.
—Con mucho gusto... Atención.
—Tiene V. la palabra.
—Pues escuche V.

II.

Esta era una mañana de abril...
Ya ve V. que soy leal y coloco la escena en un mes cuyas madrugadas han cantado los poetas de todos los tiempos... Si procediera de mala fé en nuestra cuestion, citaria una mañana de enero, ventilada por ese airecillo norte, que, segun la feliz espresion de un amigo mio, hiela hasta las congeturas...
—Enrique, eso seria injusto.
—Por eso digo que era una mañana de abril.
—Bien; pero procure V. que no llueva!
—¡Oh! No llovía. Era una de esas mañanas puras, apacibles y transparentes, que ponen de mal humor á los filósofos, porque les recuerdan la eterna juventud de los días, la niñez perpétua de los años, la repetida é interminable adolescencia del mundo, contrastando con la inflexible fuga de la vida humana, con este envejecer de cada hora, que nos roba incesantemente los tesoros de una esperanza que nunca recobraremos...

- Jesus, Enrique!... ¡qué tono!... ¡Va V. á vengarse de mis refranes haciéndome llorar...
—Dios me libre, Mercedes... Me he distraído... V. pèrdone. Decia, ó pensaba decir, que eran las cinco de la mañana. El sol doraba ya los aleros de los tejados; las buñoleras y los espendedores de aguardiente poblaban las calles de Madrid, y la campanilla de los carros de...
—¡Enrique... mis nervios! Esas transiciones de estilo me hacen daño... Vaya V. derecho al asunto...
—Voy allá, señora.—Pues es el caso que la mañana que digo, se encontraron dos jóvenes manos á boca en la plazuela de Pontejes, viniendo uno de la calle de *idem*...
—Ahí vive Adelardo Ayala, el autor de...
—No era Adelardo Ayala, y lo siento mucho; porque le quiero con toda el alma y me agrada sobremanera hablar de él con mis amigos...
El jóven que llegó por la calle de Pontejes era mas rubio, señora, mucho mas rubio que Ayala: era Arturo, á quien ya conoce V.
—¿Arturo?
—Ni mas ni menos. En cuanto al otro, que no era sino mi humilde persona...
—¿Usted?
—El mismo. Yo, pues, subia de la Puerta del Sol...
—Entonces señale V. la época de la historia, á fin de que pueda hacerme cargo de la situacion topográfica...
—Tiene V. razon y es muy fácil de explicar. Figúrese V: que la magnífica fuente de Pontejes estaba ya levantada, y que la Puerta del

Sol aun no habia merecido las actuales mejoras...

—Luego hará dos ó tres años...

—Exactamente: yo era todavía empleado....

Pero vamos al cuento.

—Si, vamos, y con protesta de que no volveré á interrumpirle.

—Lo sentiré mucho...

—¿Por qué?

—Por que es V. muy bonita.

—Muchas gracias.

.....
—Pues, señor, iba diciendo que me encontré con Arturo.

—Hola, chico! exclamó no bien me alcanzó con la vista.

—Adios! le respondí, ocultando unas naranjas que llevaba en el pañuelo y que acababa de comprar en la plazuela de San Miguel.

—¿Dónde tan temprano? repuso mi rubio amigo.

—¿Y tú? repliqué yo.

—Voy á acostarme.

—Pues yo me levanto ahora.

En efecto, Mercedes; yo madrugaba en aquel entonces, ni mas ni menos que V. quiere madrugar ahora.

Y madrugaba.... por que estaba enamorado.

—¿V, Enrique?

—Son dos errores.... lo confieso. No la conocia á V todavía.....

.....
—Adelante.

—Amaba yo á una muchacha muy jóven y muy bonita. Se llamaba Antonia.

La habia conocido una tarde en los toros y pensaba casarme con ella.

Antonia era huérfana, tenia una tia muy amable que me apreciaba mucho, y que sacaba á pasear á su sobrina por las mañanitas temprano. Cada noche nos citábamos para el baño de la Elefanta, para la Montaña del príncipe Pio, ó para la Fuente Castellana..... y aquí era Troya.... ¡Cuánto placer inocente!

Ibamos los tres juntitos por esos campos de Dios, poetizando como unos bienaventurados, hablando de flores y nubes, de pájaros y arroyuelos, y comiendo naranjas, vizcochos y cacahuets, que era una maravilla.

Antonia y yo suspirábamos á duo, conveniamos en todas las inclinaciones, gustábamos de las mismas cosas y apurábamos el diccionario de las miradas, cuando no el de los requiebros y las ternuras.

Por que es de advertir que la tia, una vez dedicada á mondar naranjas y comérselas, se olvidaba de nosotros, contentándose con seguirnos con la vista....

—Pero, Enrique, ¿se olvida V. de su encuentro con Arturo?

—Es verdad. Quedamos en que Arturo iba á acostarse á la hora en que yo me levantaba.

—¿De dónde vienes? le pregunté.

—De enamorarme, me respondió.

—¿De enamorarte?

—Si, chico. He visto en este momento á una muchacha en un balcon. Acababa de levantarse, sin duda, y se alisaba los cabellos, haciendo asomaditas á la calle.... Quizas esperaba á su novio.... Lo que puedo asegurar es que se disponia á salir de paseo... ¡Y que hermosa era!

¡Es tan hermosa una muger desconocida! Es tan hermoso todo lo desconocido!—Yo he pasado la noche jugando á tresillo casa de Alfredo... He perdido mucho.... y por no desearme, habia echado á volar mi espíritu por el mundo ideal, donde, como sabes, de nada sirve el dinero.... En esta disposicion movia los pies con direccion á casa,.. cuando.... zas! la vi. ¡Y que mona! Figurátela. ¡Pálida del madrugon..... tibia aun como el sueño.... lánguida, ojerosa... Tú sabes que yo deliro por las ojeras!..... Vamos! Esa niña me ha vuelto loco.

—Y, ¿por qué no la has esperado, puesto que se disponia á salir?

—¡Chico! ¿Qué estás diciendo? ¡Esperarla! A las cinco de la mañana!.. Tú has perdido el juicio! La hora que atravesamos es de muy mal tono..... Uf! me horroriza la idea de madrugar... Opino en esto con cierta amiga mia... Nada! nada! Voy á acostarme, y mañana la buscaré.

—Pero ¿cuándo es mañana?.

—Mañana es... despues de dormir...

—Arturo, eso es vivir en el dia siguiente.

—Y lo que tú haces es vivir en el dia anterior. De donde se deduce que tú llegarás á viejo antes que yo, y te morirás la vispera del dia de tu muerte. ¡Eres un retrógado! Yo cuento siempre con 24 horas de vida mas que tú. Tú estás hoy á 16 de abril. Yo estoy todavia á mediados de mes. Esto no será claro..... pero evita las tercianas.... Adios.

—Adios, respondi.

Y Arturo se alejó repitiendo...

—Pero ¡qué ojeras!

Yo dirigí mis pasos á la Fuente Castellana.

Llegué allá, y al poco rato aparecieron Antonia y su tia.

¡Ay! Antonia se dignó reparar que yo era moreno.

Por lo demas, estuvo muy distraida.

Ni siquiera probó las naranjas que yo habia comprado en la plaza de S. Miguel!

¡En cambio su tia deseó leche de vacas!

III.

—Prosiga V... exclamó Mercedes, cuyo interés subia de punto.

—Aun queda lo mas horroroso, respondió Enrique con voz lúgubre.

A la mañana siguiente fué la cita para la Montaña del Príncipe Pio.

Yo no dormí aquella noche, pensando en las distracciones de Antonia y escogitando un medio para volverme rubio.

No bien fué de dia, me vestí, y media hora antes de la cita ya bajaba yo por la cuesta de la Vega.

Pero cate V. que me salen al encuentro dos ladrones y me roban el reloj y la levita.

¿Qué hacer? ¿Cómo presentarme de aquel modo delante de Antonia?

Fuéme preciso regresará mi casa, dondeme puse un gaban de invierno.

Pero mientras fui á la calle del Turco y volví á la Montaña, dieron las siete.

¡Y la cita era á las cinco!

¡Y yo era moreno!

¡Y me habían robado el reloj y la levita!

¡Y me había constipado... para fin de fiesta!

Pregunté por Antonia en una casa de Vacas, y me dijeron que á las cinco había pasado por allí regresando á eso de las seis y media.

—¿Lloraba? le pregunté al mozo.

—No, señor; reía y tomó leche.

Volví á mi casa, decidido á pasar á la de Antonia no bien fueran las once del día; pero no acabé de sentarme, cuando empecé á toser, me dió calentura, me puse ronco, se me apretó la garganta, sentí calambres y calofrios, y caí al suelo sin reloj, sin levita, sin novia, resfriado y moreno!!

Quince días estuve en cama.

IV.

El día en que me levanté, fué Arturo á saber qué era de mi vida.

Cuando se enteró de que me había llevado en la cama medio mes seguido...

—¡Hola! exclamó: parece que te indemnizas de las madrugadas! ¡Hombre!... ¡Qué bien te sientan las ojeras! A propósito: ¿sabes que me caso?

—¿Con quién?

—Con un ángel. ¡Cómo que estoy escribiendo una novela solo con las cosas que le oigo á mi prometida. Desde luego te participo que no me ha costado todavía una madrugada... Por las tardes la veo en el Prado ligeramente, y á las diez hablo con ella por el ventanillo. Tiene

hambre de mí, de mi confianza, de mi compañía, de mi brazo, de comer *cacahuets* conmigo... y todo esto la obliga á darme su mano. Convéncete. Enrique: si agotamos en el noviazgo todos esos mil pequeños triunfos, todas esas diminutas posesiones del objeto querido... ¿qué nos queda para después de casados? Las heces de la copa... ¡Eso no valdría la pena de perder la libertad! Este es mi sistema: sitiar á la mujer por hambre. La consecuencia será siempre el fanatismo. No permitas nunca que tu novia te mire de cerca... sino en ilusoria perspectiva!... Así prolongareis vuestras mútuas ilusiones durante algunos años de matrimonio. Nunca le digas á tu prometida cuántas camisas tienes, cuál es tu plato favorito, ni de qué lado te acuestas... Tampoco pasees con ella, hasta que sea tu mujer... en fin; algunos capítulos de mi novela te lo esplicarán todo.

Dijo y sacó un mamotreto del bolsillo del frac.—Porque iba de frac.

—»*Julia de Moncada* continuó Arturo, leyendo un manuscrito—(te advierto que no se llama Julia: este es un nombre que le he puesto en la novela.) — *Julia de Moncada* no había hallado nunca dígues al deseo. Amó á un hombre y pudo decirsele; habló con él; paseó á su lado; le vió á todas horas; hicieron una especie de vida doméstica... El amor perdió su misterio, su aspiración, su ánsia infinita. ¡Aquel joven, su primer amante, madrugaba mucho! —(Repararás que he querido retratarte en este personaje.)—Guillermo, exclamó Julia con trasporte...—(Aquí pondré otra palabra, porque esta tiene algo de mensajería...) — ¡Guillermo!... ¡Me preguntas por qué te amo? ¡Ah!

¿te acuerdas de aquella mañana en que nos vimos por vez primera? Yo estaba en el balcon. ¡Eran las cinco! Me miraste, te agradé... me fuiste simpático... Yo creí que me esperarías á la puerta para seguirme en mi paseo matinal... ¡y me llevé chasco! Considera mi despecho. En cambio, el tonto de mi novio acudió á la cita. Nada de lo que me dijo era nuevo. ¡Tú si que eras nuevo para mí! Desde aquel día pensé en ti para aborrecerte. Cuando volví á encontrarte, ya te amaba! — Habian pasado ocho dias cuando te ví en un baile... ¿te acuerdas?—Procuré hallarme cerca de ti... Quería saber si te habia parecido hermosa desde el balcon; si me habia engañado la vanidad... ¡Y sobre todo, queria que me lo dijeras! Aquella noche... no sé por qué... me hablaste contra la gente madrugadora... me digiste que por nada del mundo dejarías de levantarte á las cuatro de la tarde... ¡Este dato me estremeció!.. «¡flé aquí mi hombre!» dije, y mis ojos te pusieron en posesion de mi alma.»—Mas adelante, prosiguió Arturo; me llama, es decir, llama á Guillermo: *rubiche, blondo mio*, y otras cosas... porque te advierto que mis cabellos rubios la vuelven loca...—En fin, te dejo... Estás débil y necesitas reposo: adios.

Dijo y se fué llevándose el manuscrito.

V.

A los quince dias salí á la calle y me dirigí á casa de Antonia.

Subí... llamé... entré... y lo primero que me

eché á la cara fué á Arturo, acurrucado en el suelo; y á mi prometida sentada en una butaca.

¡Le estaba peinando!—;La traidora!

—;Ola, chico! exclamó Arturo al verme:— ¡Estás mejor?...—Me alegro.—Te presento á mi mujer.

—Tu mujer! exclamé yo retrocediendo.—Antonía!—balbuceé en seguida.

—Sí, yo soy, caballero, exclamó la niña. Cuando dé V. una cita á una jóven, procure V. que no se le peguen las sábanas.

—Descuide V., señora, respondí, haciendo una cortesía. Desde mañana me levanto á la oracion.

Ahora bien, Mercedes: ¿le parece á V. oportuno que vayamos mañana al *Retiro*?

—No... no, Enrique... tiene V. razon. Iremos despues de casados. Acaba V. de convencerme de que los jóvenes morenos deben ser muy desagradables por la mañana temprano.

VI.

(Habla el autor.)

Perdonen Vds. las faltas de esta novela, escrita en el filo de una caja, en poco mas de una hora, en tanto que un cajista se asomaba por encima de mi hombro para componer las palabras segun iban saliendo de mi pluma.

En el momento que concluyo, está amaneciendo la última *mañana de Mayo*.—Voy á plagiarme.

El alba se rie de mí, asomando su rubia cabeza por el agimez oriental del palacio de la noche.

El reflejo del lucero matinal viene á poner mas blanco el papel en que escribo.

La luz de mi lámpara empalidece, como una virgen moribunda ó como un disoluto arruinado.

Por el balcon de mi gabinete entra un aire frio y ligero, como un beso hipócrita.

Las estrellas desaparecen poco á poco, como esos misteriosos geroglíficos que el tiempo borra de las pirámides nileas.

La luna se ha ido á América: acaba de ponerse aquí y va á aparecer allá, como una actriz que terminada la funcion de la tarde, se viste para la de la noche.

Esta es la hora en que las niñas de Andalucía, que han trasnochado pelando la pava, dicen á su novio: *adios...* y cierran la reja, procurando, al hacerlo, ponerse muy bonitas, á fin de que se vaya lo uno por lo otro.

Esta es la hora en que los estudiantes, que han pasado las vacaciones en su aldea, llegan al lecho de su madre y la dicen:—*Me voy...* A lo que contesta la madre, ocultando la cabeza entre las sábanas;—*Adios, hijo de mi alma!*— Despues de lo cual, el estudiante sube en un burro que le lleva á la universidad.

Esta es la hora en que el enfermo se duerme ó se muere, y en que el enfermero retarda veinte minutos la pocion mas importante.

El sábio que vela sobre un libro, dá una cabezada al llegar esta hora.

El sereno se acurruca en una puerta.

El arriero y el campesino echan el aguar-diente.

El adúltero baja por el balcon.

Y el escudero de Marte canta tres veces en el corral, por qué San Pedro negó tres veées á Cristo.

Buenos dias, lectores, dentro de media hora tengo que hallarme en la Montaña del Príncipe Pio.

¡Qué horror!—;Yo tambien soy moreno!

FIN.

MODO DE PILLAR PERROS DESCONOCIDOS.

Se vé al perro y no se sabe de quien es: se le llama por su nombre; el animal atiende; nos equivoca con su amo y se viene detras: ya en casa, se le dá de comer y sino se muere.

ORIGINAL.

El cajista nos pide *original*.

Busquemos algo *original*.

En los teatros es inútil porque todo es traducido.

La situación no deja de serlo, pero antes del 43 hubo otra muy parecida.

Tenemos, pues, que recurrir al pecado de nuestros padres.

Este sí que era *original*!

Pero nuestro cajista ya lo tiene y no le basta.

Si fuéramos pintores, reservariamos las copias y le mandaríamos *originales* aunque no fueran nuestros.

Si fuéramos escribanos, le mandaríamos el protocolo.

Si estuviéramos comiendo, le mandaríamos la fuente.

Pero perdemos el tiempo: ni somos pintores, ni escribanos.

Y por lo que hace á la fuente, no es cosa de mandarla hasta despues de comer.

Y entonces sería mejor que fuéramos nosotros, que aun cuando nada tenemos de originales, llevaríamos ya el *original* en el cuerpo.

Pero entonces tampoco seríamos *original*, sino traslado.

Y lo que pide el cajista es *original*.

Si se contentara con entes *originales*.....!

Por sí ó por nó allá van estos:

LISTA DE LOS SEÑORES SUSCRITORES.

D. Puro Cabo Ascenso.

El marqués de Venga Amihijo.

D. Perjuicio de la Estrechura.

D. Bonito Alhijo Serrinde.

El Dí ¿qué Derribas?

D. Pasquin Poquito Chaleco.

D. Caústico Nosemas.

El general Tos de Alano.

D. Mastin de los Hierros.

D. Salicvano Olozanja.

D. Verdura me la Pega.

D. Baldemoro (*El partero*.)

El conde Selocena.

El general Echaagua.

D. Canino Ladrador.

D. Usté Mehuele Arrené.

D. Molesto de Ahienfrente.

D. Fecundo Infiando.

D. Alejado del Pasto.

D. Nosé Cargar Bueyes.

D. Niquemedes Paredos Dias.

D. Porfavor Quemudes de Casco.

(Se continuará).

INDICE.

	Págs.
PROLOGO.	3
LA PRIMAVERA, por Ivon.	9
HOMILIA, por Larra.	12
LA ETERNA PRIMAVERA, por Castelar.	16
FENÓMENOS DE ESTA PRIMAVERA.	19
LAS FLORES DE ANTAÑO Y LAS DE OGAÑO, por Castro y Serrano.	20
LA PERLA DEL BUEN RETIRO, por Eguilaz.	24
LA PRIMAVERA DE LAS VIOLETAS, por Alarcon.	26
LETRILLA, por Palacio.	30
EN TRES MESES, por Bonnat.	52
LA PRIMAVERA EN VERSO, por Serra.	54
DEL MAL EL MENOS, por Rubio.	56
NUESTRAS HERMANAS, por Eguilaz.	57
BELLAS ARTES.	41
A BRAGAS ENJUTAS, por Gasset.	43
A UNA CIEGA, por Espronceda.	49
SIETE CARTERAS SIN MINISTROS Y UN MI- NISTRO SIN CARTERA, por Alarcon.	55
FÁBULA PALÍTICA, por G. de Alba.	39

POESÍA, por Victor Hugo.	61
LA NIEVE,—fragmento—por Ramirez.	62
LAS MADRES, por Trueva.	68
FLORES DE MADERA, por A.	75
LA VERDAD EN SU LUGAR, por Villanueva.	77
EN EL RETIRO, por Hurtado.	81
LA ROSA BLANCA, por Cruzada.	89
POESÍA, por Ayala.	91
COSAS QUE ES Y EN QUE PUEDE CONVERTIR- SE UN ESPAÑOL.	92
EMBLEMA, por Galvez Amandi.	95
AL DESPERTAR, por Dacarrete.	94
VIAJE PATRIÓTICO.	96
CELEBRIDADES CONTEMPORANEAS, por Castro y Serrano.	97
LA PRIMAVERA MODERNA, por Palacio.	109
MAÑANAS DE ABRIL Y MAYO, novela por Alarcon. :	111
ORIGINAL.—LISTA DE SEÑORES SUSCRI- TORES.	124